

CRISTIANIDAD

Al Reino de Cristo por los Corazones de Jesús y de María

Santa Teresa del Niño Jesús

150° aniversario de su nacimiento
25° aniversario de su declaración
como doctora de la Iglesia

Año LXXVIII- Núm. 1099 Febrero 2023



ÍNDICE DE CONTENIDOS

3	Razón del número	33	10 razones por las que santa Teresita fue proclamada doctora de la Iglesia <i>José M^a Alsina hnssc</i>
5	La declaración pontificia de su Doctorado en la Iglesia <i>Francisco Canals Vidal (†)</i>	35	Hemos leído <i>Aldobrando Vals</i>
8	La totalidad del amor en el corazón de la Iglesia <i>Recaredo José Salvador Centelles</i>	38	Hace 75 años <i>Ibón Elósegui</i>
12	Ofrenda de mí misma, como víctima de holocausto, al amor misericordioso de Dios <i>Francisco Recabarren Vial hnssc</i>	41	Actualidad religiosa <i>Javier González</i>
16	El «caminito» de la infancia espiritual de Teresa de Lisieux <i>Gerardo Manresa</i>	44	Actualidad política <i>Jorge Soley/Piero Viganego</i>
20	Santa Teresita y el Apostolado de la Oración <i>José María Alsina Casanova hnssc</i>		
24	«Teresa de Lisieux, guía para los cristianos de nuestro tiempo» <i>San Juan Pablo II</i>		
25	Los «hermanos» de santa Teresita: Mauricio y Adolfo <i>Jose Ignacio Orbe hnssc</i>		
30	Cómo los soldados llevaron a santa Teresita a los altares <i>Jorge Soley Climent</i>		

Razón del número

Doctora de la esperanza

Hemos querido unirnos en este número al año jubilar de santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz que el papa Francisco ha convocado coincidiendo con la celebración de tres aniversarios: 150 años de su nacimiento, un siglo desde que fue beatificada por Pío XI y 25 años de haber sido declarada doctora de la Iglesia por san Juan Pablo II.

COMO ya anunciamos en el pasado mes de enero, hemos querido unirnos en este número al año jubilar de santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz que el papa Francisco ha convocado coincidiendo con la celebración de tres aniversarios: 150 años de su nacimiento, un siglo desde que fue beatificada por Pío XI y 25 años de haber sido declarada doctora de la Iglesia por san Juan Pablo II. Quien conozca la revista sabrá de la atención devota y entusiasta de que han gozado siempre las enseñanzas de la Santa en nuestras páginas, prueba de ello son los más de 150 artículos que han ido apareciendo a lo largo de su ya dilatada historia dedicados a glosar su vida y escritos.

Queremos en esta ocasión recordar que ya en enero de 1971 se escribía en favor de la conveniencia de que la Iglesia proclamase doctora a santa Teresita. Desde su canonización ya se habían levantado voces en su favor, pero en aquel momento no existía ningún precedente en el que se declarase a una mujer doctora de la Iglesia. Este posible obstáculo desapareció en el momento en que Pablo VI en septiembre de 1970 declaró a santa Tere-

sa de Jesús doctora de la Iglesia, y al cabo de dos meses a santa Catalina de Siena. En estas nuevas circunstancias se publicó en *Cristiandad* una nota firmada por el presidente de *Schola Cordis Iesu* en los siguientes términos:

«Ha parecido a diversos sectores de la Iglesia, en España y fuera de ella, que sería de gran provecho espiritual, en el mundo de hoy, la proclamación de santa Teresita de Lisieux doctora



de la Iglesia universal. El entusiasmo con que hemos recogido, desde el primer momento, esta iniciativa es fruto natural de la devoción que a esta gran santa nos inculcó nuestro fundador el padre Orlandis, S.J. *Schola Cordis Iesu* siente como muy suya la tarea de colaborar a que esta proclamación sea pronto una realidad de incalculables beneficios para la Iglesia».

Con este propósito, entre otras iniciativas, se dedicó el número de enero de 1971 a glosar la oportunidad de esta declaración. En el largo editorial que con el título: «¿SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS DOCTOR DE LA IGLESIA Y PATRONA DEL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN?», escrito por uno de los colaboradores más asiduos de aquellos años, el padre Roberto Cayuela S.I, que conocía íntimamente al padre Orlandis, se argumenta en favor del doctorado y el patronazgo sobre el Apostolado de la Oración; gracias a Dios hoy día ambos concedidos. Creemos oportuno reproducir uno de los párrafos en que se dan los motivos propios que ha movido a *Cristiandad* a unirse a esta petición:

«*Cristiandad*, se ha animado a cooperar a la iniciativa de proponer que se preparen los caminos para que otra gran hija de la Iglesia, santa Teresa del Niño Jesús, obtenga el mismo título que su insigne Madre, santa Teresa de Ávila.

Con ello cree firmemente *Cristiandad* que sigue con toda fidelidad su lema y consigna de promover el Reino de Cristo, por la devoción a los sagrados Corazones de Jesús y María.

Ni podemos olvidar los que colaboramos en la Revista, y tuvimos la dicha de vivir en íntimo trato con el que fue su fundador, el padre Ramón Orlandis, S.I, que su devoción entrañable a santa Teresa de Lisieux, y el profundo estudio de

su vida y escritos, fue una de las características más señaladas de su espiritualidad y de su acción apostólica. Sí; era de ver, y se mostraba como cosa notabilísima, que aquel eminente filósofo y teólogo; versadísimo en la teología de la historia; acudía continuamente a buscar inspiración, luz y acierto en los escritos de la “Petite Thérèse”.

El articulista ha sido invitado para ser como el portavoz, en *Cristiandad*, de esta idea e iniciativa, tiene muy presente, y lo consigna con emocionado recuerdo, que muchas veces, al

La vida y los escritos de Teresa son una confesión continua de esperanza fundada en la misericordia que brota del amor del Corazón de Jesús.

entrar en la habitación del padre Orlandis, como lo hizo por varios años muy asiduamente, le sorprendía arrobado en extática contemplación, a la vez intelectual y sensible, como quien veía cerca de sí a santa Teresita, y tenía con ella coloquios de afecto entrañable; de algunos de los cuales fui partícipe, con indecible edificación y gozo de mi alma. Otras veces, mostrándome alguna página de los inimitables escritos de la Santa, me hacía ver, entusiasmado y asombrado, las geniales intuiciones con que ella descubría el profundo sentido de sus predilectas enseñanzas del Evangelio; y las expresaba con un candor humilde y sublime. Es “la gran santa de la confianza”, decía; y “Su doctrina es como de doctor de la Iglesia”».

¿No nos hizo con esto el gran padre Orlandis, una invitación, y nos dio pie para lo que ahora intentamos se promueva?»

Si hace ya cincuenta años escribíamos sobre la oportunidad de este doctorado, nos parece que hoy podemos insistir aún con más convicción y experiencia sobre el bien que significa para toda la Iglesia y para nuestro mundo la difusión universal que han tenido las enseñanzas de santa Teresita. Así lo reconocía san Juan Pablo II en su carta apostólica «*Divini amoris scientia*»: «no es solo la doctora más joven en edad sino que además es también Teresa la más cercana a vosotros en el tiempo y por sus enseñanzas se puede afirmar que es “maestra para nuestro tiempo”».

Nuestro tiempo es tiempo en el que se proclama con insistencia la falta de esperanza, se multiplican los anuncios catastrofistas por diversidad de causas: clima, medio ambiente, crisis económicas, guerras, terrorismo etc., no discutimos el fundamento real o no de tales anuncios, pero sí podemos afirmar que cuando se pierde la confianza en Dios, la desesperanza invade la vida de los hombres, y así está ocurriendo en nuestros días. La vida y los escritos de Teresa son una confesión continua de esperanza fundada en la misericordia que brota del amor del Corazón de Jesús: «La confianza, y nada más que la confianza, la que ha de llevarnos al amor» (carta 197 a Sor María del Sagrado Corazón). Por todo ello Canals escribía: «El sentir de los fieles y el lenguaje del Magisterio convienen en proclamar la providencial congruencia del mensaje evangélico que tuvo la misión de enseñar, con las necesidades del mundo de nuestros días». (*Cristiandad* n. 749-751)

Estas consideraciones nos invitan a pensar que si bien se le ha reconocido como «doctora en la ciencia del amor de Dios» también se podría afirmar su doctorado en «la esperanza en la misericordia divina».

La declaración pontificia de su doctorado en la Iglesia

Francisco Canals Vidal*

Santa Teresita fue reconocida por su Historia de un alma como mensajera de una doctrina espiritual, que ella llamaba su «camino nuevo», fidelísimo al Evangelio, y cuya influencia universal es comparable a la de los autores espirituales más reconocidos como formadores de la conciencia del pueblo católico.



Lluvia de pétalos sobre las reliquias de santa Teresita en su proclamación como doctora en 1997

EL cardenal Eugenio Pacelli, que sería más tarde el papa Pío XII, representando como Secretario de Estado al papa Pío XI en la inauguración de la nueva basílica de Lisieux, decía, el 11 de julio de 1937:

«El genio fascinante de Agustín, la sabiduría luminosa de Tomás de Aquino han proyectado luz indeficiente sobre las almas: han dado a

conocer mejor a Cristo y su doctrina.

»El poema divino que es la vida de Francisco de Asís, ha mostrado al mundo la imitación aún no igualada, de la vida de Dios hecho hombre, que ha sido, por su ejemplo, más amado por millones de hombres y de mujeres.

»Pero una carmelita enclaustrada, apenas llegada a la mayoría de edad,

* *Cristiandad* 795 (septiembre de 1997)

en menos de medio siglo ha conquistado innumerables legiones de discípulos».

Y prosiguió su discurso, pronunciado ante una multitud de doscientas mil personas, con unas palabras misteriosas:

«Niños parecen en su escuela los doctores de la Ley. El Papa la ha glorificado y la invoca cotidianamente con súplicas humildes y al presente millones de almas en todos los continentes han sentido en su vida interior la influencia de ese librito de la Historia de un alma.

Tenía razón nuestra querida Santa para decir: “Siento que mi misión va a iniciarse. Mi misión de enseñar a las almas mi senda espiritual”».

Las palabras del cardenal Pacelli, que muestran en la multitudinaria influencia de la doctrina espiritual de santa Teresa del Niño Jesús el cumplimiento de su profecía de enseñar a las almas su camino, contienen la paradoja de comparar a los que llama doctores de la Ley como niños ante la santa que **ha tenido la misión «doctoral» de recordarnos la necesidad de hacernos como niños ante Dios.**

Expresión paradójica, porque aquí niños no alude a la sencilla humildad que Jesús nos señaló como camino único para entrar en el Reino de los Cielos. Habla de la inmadurez en la vida cristiana de quienes, por otra parte, tal vez se consideran y son considerados como pertenecientes a una distinguida clase de «sabios y prudentes» de «maestros de Israel», de expertos y «entendidos» –para decirlo con la expresión de Pau López– que no llegan a la edad adulta de Cristo porque «son almas demasiado grandes», según la cariñosa ironía de la propia Santa en carta a su hermana María del Sagrado Corazón.

No faltarán, por desgracia, quie-

nes quedarán sorprendidos por la declaración pontificia. Tal vez el título de doctor de la Iglesia les sugiere un reconocimiento excepcionalmente prestigioso en la línea de la cultura y de los conocimientos teológicos y filosóficos que existen en la Iglesia para su servicio.

Se trataría de un concepto equivocado, que no permitiría comprender el valor del carisma de «la palabra de sabiduría y de ciencia» de los doctores de la Iglesia, carisma obrado en la Iglesia por el Espíritu Santo y que es en sí mismo independiente del hecho de que en algunos doctores la luz divina les ilustre también en la asunción e instrumentación de sabidurías teológicas y filosóficas.

«Distribuciones hay de carismas, pero un mismo Espíritu...»

Un mismo Dios es quien obra todas las cosas en todo. A cada cual se da la manifestación del Espíritu para el provecho común. Puso Dios en la Iglesia primeramente apóstoles; en segundo lugar, profetas; en tercer lugar, doctores; luego los que tienen el poder de hacer milagros... ¿Por ventura son todos apóstoles? ¿Por ventura todos profetas? ¿Por ventura todos doctores? ¿Por ventura todos obran milagros?» (1Cor 12,4-5;28-29).

Nadie podría pensar la misión apostólica como una institución eclesiásticamente establecida. La fundamentación de la Iglesia en los apóstoles y la sucesión apostólica en el Episcopado son obra de Dios en la Iglesia, constituida por voluntad divina y no por decisión de los hombres. Tampoco nadie se haría a sí mismo, o podría ser preparado para el don de profecía o de obrar milagros, ni nadie sería «habilitado» por una decisión eclesiástica como profeta o taumaturgo.

La declaración pontificia del título de doctor de la Iglesia no tiene el cá-

racter de un eminente grado académico eclesiástico. **Lo que la Cátedra apostólica declara, análogamente a cuando declara la santidad de alguien a quien propone al ejemplo y a la plegaria de la comunidad de los fieles, es el carisma dado por el Espíritu Santo por el que algún santo ha servido con su palabra a la iluminación en la fe.**

La declaración de doctor de la Iglesia no se hace nunca sino referente a santos ya canonizados. Pero este título no afirma un grado más eminente y singular de santidad. La esencia de la santidad consiste en el perfecto cumplimiento del precepto del amor a Dios y al prójimo, que es efecto de la presencia de la gracia santificante en un cristiano.

El título de doctor apunta a la excelencia de unos «carismas» del Espíritu Santo que no se dan para la santificación del que los recibe, sino para hacer que con su acción y su palabra contribuya al bien de la comunidad de los fieles.

La declaración de doctor no mira, pues, a la calidad de un conocimiento de carácter racional, aunque sea teológico y acorde con la ortodoxia, ni mucho menos a la calidad literaria o cultural de la obra de un hombre o una mujer distinguida y eminente en lo humano.

Muchos de los doctores han sido ciertamente grandes teólogos, profundos pensadores o elocuentes oradores sagrados. Pensemos en san Anselmo, san Alberto Magno, santo Tomás de Aquino o san Buenaventura, y en el Oriente en san Basilio Magno o san Juan Crisóstomo; otros han sido literariamente figuras cimeras universalmente reconocidas: así san Juan de la Cruz, el admirable poeta místico.

La Iglesia declara doctor, sobre el presupuesto de la santidad personal,

ya declarada en la canonización, a quienes no sólo tienen una doctrina íntegramente fiel a la fe y a la doctrina católica, sino que han ejercido una influencia de carácter público y universal, por lo menos en alguna época o ámbito social e histórico.

Santa Teresita del Niño Jesús, proclamada santa muy prontamente –y acelerando la Santa Sede, recogiendo el sentir del pueblo fiel, los plazos habituales para la beatificación y la canonización –fue también reconocida por su *Historia de un alma* como mensajera de una doctrina espiritual, que ella llamaba su «camino nuevo», fidelísimo al Evangelio, y cuya influencia universal desde hace ya muchas décadas es comparable a la de los autores espirituales más reconocidos como formadores de la conciencia del pueblo católico.

Hemos visto que en 1937 el cardenal Pacelli la comparaba con san Agustín, santo Tomás de Aquino y san Francisco de Asís. Ya como papa, Pío XII, en un mensaje radiofónico de 11 de julio de 1954, decía:

«A Teresa del Niño Jesús –mientras los pueblos y las clases sociales se desafían y se enfrentan para obtener la preponderancia económica y política– nada le atrae, nada la retiene, fuera de Dios y de su Reino, ni la fortuna ni los honores ni las influencias ni la eficacia temporal: ella se muestra con las manos vacías.

»Pero, a cambio de esto, el Señor la introduce en su casa y le confía sus

Teresita ha recordado a multitudes de fieles cosas sabidas ciertamente pero con frecuencia muy poco advertidas.

secretos; le revela todas las cosas que oculta a los sabios, y después de haber vivido silenciosa y oculta he aquí que habla, he aquí que se dirige a toda la humanidad, a ricos y pobres, a grandes y a humildes. Les dice con Cristo: entrad por la puerta estrecha...

»La puerta es verdaderamente

estrecha, pero es a todos accesible; es la puerta de la humildad. Teresa del Niño Jesús, que por ella ha entrado en el Paraíso, permanece en el umbral de la puerta, con sus brazos cargados de rosas, y muestra su «caminito de infancia». Es el Evangelio mismo, el corazón del Evangelio lo que ella ha reencontrado» .

Se escandalizaría sin motivo ante la frase por la que Pío XII atribuía a la carmelita de Lisieux el haber reencontrado «el corazón mismo del Evangelio», cual si con ello se presupusiese una previa y generalizada pérdida del Evangelio mismo en la Iglesia. Como dice el Señor:

«Todo doctor bien instruido en el Reino de los Cielos es semejante a un padre de familia que va sacando de su arcano cosas nuevas y antiguas».

El camino nuevo que enseña santa Teresita es permanente y tradicional. **Su novedad consiste en que por don del Espíritu de Dios ha recordado a multitudes de fieles cosas sabidas ciertamente pero con frecuencia muy poco advertidas.**



La totalidad del amor en el corazón de la Iglesia

Recaredo José Salvador Centelles

Toda su vida será una entrega a Jesús en beneficio de todo el Cuerpo místico de la Iglesia para que cada uno de sus miembros ame a Jesús.

SANTA Teresa del Niño Jesús es una santa eminentemente eclesial. Toda su vida será una entrega a Jesús en beneficio de todo el Cuerpo místico de la Iglesia para que cada uno de sus miembros ame a Jesús. No busca su propia gloria sino la santificación de toda la Iglesia (cf. *Acto de ofrenda al Amor misericordioso del Buen Dios*).

Para realizar esta misión, nuestra carmelita no quiere ser una «santa a medias» (Ms A, 10v) sino que aspira a llegar hasta las «regiones más elevadas del amor» (Ms B, 4v). Igual que de niña escogió «todos» los juegos infantiles de la cesta que le ofrecía su hermana Leonia (Ms A, 10r), ahora, entrada «en lo serio de la vida», quiere entregar a Jesús «todo» el amor que su corazón pueda darle.

La totalidad del amor es lo propio de santa Teresa del Niño Jesús y esta totalidad está referida, en primer lugar, al amor de Jesús. Él es el primero en darnos todo su Amor. Teresa contempla agradecida y fascinada el descenso del que ha sido capaz el Hijo de Dios por amor a la humanidad: porque nos ama, el Hijo enviado por el Padre tomó la condición humana; porque nos ama, asumió el

sufrimiento y la muerte en cruz para derrotarlos con su resurrección, y, porque nos ama, se hace Pan en la Eucaristía para alimentarnos de su propia substancia (Ms B, 5v). **Esta triple pequeñez asumida por Jesús (Encarnación, Pasión, Eucaristía) seduce a Teresa**, de modo que ella, en espíritu, permanecerá en estos tres lugares teológicos para contemplar la totalidad del Amor de Jesús hacia la humanidad: Belén, Calvario, Eucaristía.

Ante este infinito Amor de Jesús, ella quiere responder, a su vez, dándole también todo su amor: «amor por amor; sangre por sangre» es la divisa que aparece en su escudo de armas (Ms A, 85v). Esta totalidad del amor a Jesús, finalmente, lo encontrará, lo poseerá y podrá devolverlo a Jesús en el corazón de la Iglesia, como nos narra en su Ms B.

El corazón del Cuerpo místico de la Iglesia

Llevada por estos deseos infinitos de amar totalmente a Jesús, inicia una búsqueda para encontrar el modo de realizarlos, pues está



«El celo de una carmelita debe abarcar el mundo entero»

convencida de que Jesús no puede inspirar deseos que no pueda colmar (cf. Ms B, 3r). Movidada por el Espíritu Santo, encontrará en la Escritura el pasaje de I Cor 12 donde san Pablo habla del Cuerpo místico de la Iglesia. Siguiendo la lectura, en I Cor 13, encontrará el «himno a la caridad» en el que el Apóstol de los Gentiles afirma que «los dones, aun los más perfectos, nada son sin el amor... afirma que la caridad es el camino excelente que conduce con seguridad a Dios» (Ms B, 3v). Con estas claves y siempre bajo la luz del Espíritu, unirá ambos pasajes paulinos para comprender que será en el corazón

Comprende que su misión será amar, hacer todas las cosas por amor y así este amor llegará a todos los miembros del Cuerpo místico para que vivan su vocación: amar a Jesús y al prójimo.

de la Iglesia donde podrá realizar su sueño. Describe este corazón como ardiente de amor y comprende que es allí donde podrá amar a Jesús con un amor infinito y total, con un amor que abarque todas las vocaciones y todo el amor que se le ha devuelto y se le devolverá hasta el final de los tiempos, un amor que será suyo y podrá devolvérselo a Jesús. Por eso exclamará su «eureka» personal: «en el corazón de la Iglesia, mi Madre, yo seré el amor» (Ms B, 3v).

Como enseña el padre François-Marie L  thel¹, este «fuego» que arde

¹ François-Marie L  thel, *L'Amour de Jésus. La christologie de sainte Thérèse de*

en el corazón de la Iglesia es el don del Espíritu Santo que Jesús desde el Padre dio a su Esposa la Iglesia el día de Pentecostés. Jesús Esposo y la Iglesia Esposa, se aman en la fuerza del Espíritu.

Al contemplar el corazón ardiente de amor de la Iglesia, nuestra carmelita comprende que el amor en la Iglesia, a semejanza de la sangre en el cuerpo humano, debe circular por todos sus miembros, pues de lo contrario éstos se paralarizar  n y no cumplirán su misión que es amar a Jesús, devolverle su amor. Siendo el amor en el corazón de la Iglesia –pues «el amor ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado» (Rom 5,5)–, comprende que su misión ser   amar, hacer todas las cosas por amor y así este amor lleg  r   a todos los miembros del Cuerpo místico para que vivan su vocación: amar a Jesús y al prójimo. De este modo, el amor que cada miembro de la Iglesia devuelva a Jesús también será suyo, pues desde el corazón de la Iglesia ha colaborado para que cada miembro ame a Jesús.

En la «parábola de la comunión» (Ms B, 4v) expone de nuevo este descubrimiento y esta misión suya. Afirma que sus pequeñas obras de amor que ofrece a Jesús y a la Iglesia son como pétalos que no tienen ningún valor, pero que agradan a Jesús. Entonces, la Iglesia celeste los presenta a Jesús y así adquieren un valor infinito, salvífico. En comunión con la Iglesia celeste, estos pétalos de amor de Teresa descienden ahora como lluvia perfumada sobre la Iglesia terrestre y sobre la Iglesia purgante para que alcancen pronto la plenitud del amor.

De este modo, siendo el amor en el corazón de la Iglesia, con sus pequeñas obras de amor, comprende que el amor que hay en la tierra y en el Pur-

l'Enfant-Jésus, Paris 1997, p. 99.

gatorio, el amor que allí se le devuelve a Jesús, también será suyo y podrá dárselo a Jesús. Si el amor de la Iglesia de la tierra y de la Iglesia del Purgatorio le pertenece, también es suyo el amor de la Iglesia del Cielo. Ella, que peregrina en la Iglesia terrestre, solicita a sus hermanos moradores del Cielo su «doble amor» –amor a Dios y al prójimo–. Y ella sabe que este amor perfecto le pertenece pues sus hermanos celestes –«corazones nobles y generosos» (Ms B, 4r)– le hacen partícipe de este amor. Para mostrar esta realidad cita el pasaje de Elías y Eliseo: al igual que el amor o el espíritu de Elías, ascendido a los Cielos seguía actuando en Eliseo que estaba en la tierra, del mismo modo Teresa sabe que el amor o el espíritu de los moradores celestes está en ella, es decir, le pertenece el amor del Cielo.

El corazón de Teresa se ha hecho grande como la Iglesia. El amor de toda la Iglesia le pertenece y es un amor que está más allá del tiempo, del espacio y de los límites propios de cada vocación.

Corazón de Esposa y Madre

El corazón de la Iglesia es un corazón de esposa de Jesús y de madre de los hombres cuyo centro es Jesús. Desde este corazón, Teresa llevará a plenitud su vocación de esposa de Jesús y madre de los hombres.

La esponsalidad y la maternidad de la Iglesia brotan de la cruz de Cristo. Allí es donde Jesús ha amado totalmente a la Iglesia, su Esposa, entregándose por ella; es allí, al pie

de la cruz, donde la esposa debe permanecer (Ms A, 45v) amando exclusivamente a su Esposo y es también allí donde se convierte en Madre de los hombres, engendrando, por la sangre de Jesús, nuevos hijos a la vida de la gracia. Veamos brevemente estas dos realidades.

A) Como Esposa de Jesús, la Iglesia está llamada a amar únicamente a su Esposo Jesús. Esta exclusividad del amor a Jesús, Teresa lo simboliza por medio del canto y del perfume. El canto representa el abandono y la confianza ilimitada con que la Esposa vive las diversas pruebas de esta vida descansando únicamente en su Esposo Jesús. En el poema dedicado a santa Cecilia, nuestra carmelita resalta el abandono con que esta santa, que quiere permanecer virgen para entregarse a Jesús, vive la prueba de su matrimonio con Valeriano:

«¡Inefable abandono! ¡Divina melodía!/ Desvelas el amor por tu celeste canto.

El amor que no teme, que se adormece y se olvida/sobre el Corazón de su Dios, como un pequeño niño... »[estrofa 33]

Por su parte, el perfume significa la entrega que hace la esposa de todo su ser al Esposo Jesús. En la poesía *Vivir de Amor* Teresa cantará esta realidad:

«Vivir de Amor, ¡qué extraña locura!» /me dice el mundo, «¡Ah!, ¡cesad de cantar,/no perdáis vuestros perfumes, vuestra vida, /inútilmente los sabéis emplear!...»

Amarte, Jesús, ¡qué pérdida fecunda!... /Todos mis perfumes son tuyos para siempre,/quiero cantar saliendo

de este mundo:/«muero de Amor» [estrofa 13].

Teresa ha respirado los perfumes de la pequeñez asumida por Jesús, se ha quedado prendada y ahora, como respuesta, le devuelve todos sus perfumes. Esta entrega la vemos reflejada en el «Acto de ofrenda al Amor misericordioso» por el que se ofrece a la Trinidad para ser consumida y transformada por el fuego del Espíritu Santo.

Los símbolos del perfume y del canto están omnipresentes en las obras de Teresa de Lisieux.

B) Si la Iglesia es Esposa de Jesús, también el corazón de la Iglesia es un corazón de Madre, llamada a engendrar hijos que amen a Jesús. También en la cruz de Jesús está el centro de maternidad eclesial, como aparece en la poesía *Jesús, Amado mío, acuérdate*:

«Acuérdate que tu Rocío fecundo [la sangre de Jesús]/ virginizando las corolas de las flores [las personas]/ las ha hecho capaces en este mundo/ de engendrar un gran número de corazones./

Yo soy virgen, ¡oh, Jesús!, sin embargo, qué misterio,/ uniéndome a ti, de las almas soy madre» [estrofa 22].

El caso Pranzini

El caso Pranzini es la primera realización de esta maternidad de Teresa al pie de la cruz. A él lo nombrará «mi primer hijo» (Ms A, 46v) porque lo ha engendrado, por la sangre de Jesús, al Amor de Jesús.

Teresa profundizará en esta realidad materna de la Iglesia con la tri-

«¡Oh, Jesús mío! te amo, amo a la Iglesia, mi madre; me acuerdo de que el más pequeño movimiento de puro amor le es más útil que todas las demás obras juntas».

Santa Teresa del Niño Jesús, Ms A 259



Teresita reza por Pranzini

«La caridad me dio la clave de mi vocación»

Al considerar el Cuerpo místico de la Iglesia, no me había reconocido en ninguno de los miembros descritos por san Pablo; o mejor dicho, quería reconocerme en todos... La caridad me dio la clave de mi vocación. Comprendí que si la Iglesia tenía un cuerpo, compuesto de diferentes miembros, no le faltaba el más necesario, el más noble de todos; comprendí que la Iglesia tenía un corazón, y que este corazón estaba ardiendo de amor. (...) Comprendí que el amor encerraba todas las vocaciones, que el amor lo era todo, que abarcaba todos los tiempos y todos los lugares... en una palabra ¡Que es eterno!

Entonces, en el exceso de mi alegría delirante, exclamé: ¡Oh Jesús, Amor mío!...por fin, he hallado mi vocación, ¡mi vocación es el amor!...Sí, he hallado mi puesto en la Iglesia, y ese puesto, oh, Dios mío, sois vos quien me lo habéis dado... en el Corazón de la Iglesia, mi Madre, yo seré el amor... así lo seré todo... ¡¡¡Así se realizará mi sueño!!!

Santa Teresa del Niño Jesús, Ms B, 254

ple relación: virginidad –humildad o pequeñez– maternidad. La Iglesia es la esposa virgen, pero esta virtud por

El caso Pranzini es la primera realización de esta maternidad de Teresa al pie de la cruz. A él lo nombrará «mi primer hijo» (Ms A, 46v)

sí misma no es suficiente para alcanzar la maternidad: al contrario, esta puede conllevar el peligro del «amor

propio, que es un viento fatal que apaga el amor» (carta a Celina, 23/25 enero 1889) y, así, incapacita para la maternidad espiritual. La virginidad necesita de la humildad para que sea posible la maternidad espiritual. De este modo, María es el modelo acabado de Virgen y Madre, pues Dios ha mirado en ella la humildad de su sierva y, tras su «sí» al ángel, se encarnará en ella el Hijo de Dios. Esta maternidad virginal, como señala el padre Léthel citando la «Carta a los fieles» de san Francisco, es complementaria de la maternidad o paternidad de cualquier persona que vive la caridad y da a luz a Jesús «a través de

la santa acción» (cf. *La luz de Cristo en el corazón de la Iglesia. Juan Pablo II y la teología de los santos*, ediciones Cor Iesu, Toledo, p. 316).

Siendo el amor en el corazón de la Iglesia, Teresa recorrerá su «pequeño camino» de santidad para ser cada vez mejor esposa de Jesús y madre de la humanidad.

Desde el corazón de la Iglesia, nuestra carmelita, como hermana universal, orará, hará por amor todas las pequeñas obras de cada día y se ofrecerá a Dios en favor de todos sus hermanos para que descubran y vivan en el amor de Jesús. *Vocam igit.*

Ofrenda de mí misma, como víctima de holocausto, al amor misericordioso de Dios

Francisco Recabarren Vial, hnscc

«Presentad vuestros cuerpos como hostia viva, santa, agradable a Dios»

Un deseo de la infancia

LA familia Martin solía veranear cerca de la playa de Trouville, distante unos 30 kilómetros de Lisieux. Cuenta Teresita que a los 6 o 7 años, al final de un día espléndido de paseo y playa, se sentó en una roca con su hermana Paulina y allí mirando como se escondía el sol en el inmenso mar «hice el propósito de no alejar nunca mi alma de la mirada de Jesús» (Ms A 21 v^o). Dios ya preparaba el corazón de Teresa para transformarla en pequeña, pero decidida, hostia viva de su amor. En su adolescencia Dios confirmaba su llamada, y ella no se resistía. Cuenta de la Navidad de 1886 que «sentí, en una palabra, que entraba en mi corazón la caridad, sentí la necesidad de olvidarme de mí misma para dar gusto a los demás, ¡y desde entonces fui feliz...! Tomé la resolución de estar siempre con el espíritu al pie de la cruz para recibir el rocío divino que goteaba de ella» (Ms A 45 v^o). El deseo de entrega total, de ofrecimiento, se concretó en el Carmelo. Entró decidida a la santidad con 15 años. «A los pies de Jesús-Hostia (...)

declaré lo que venía a hacer en el Carmelo: “He venido para salvar almas, y, sobre todo, para orar por los sacerdotes”» (Ms A 69v^o). Iba a unirse al sacrificio del Cordero de Dios. Pero todavía le quedaba mucho para entender todo el alcance y la manera de su entrega.

«Suspiraba por amar, pero sentía con toda radicalidad su incapacidad de amar tanto como su alma gustaría... quería amar como el mismo Jesús la amaba».

Al poco de vivir en el Carmelo se encontró con su impotencia. **Suspiraba por amar, pero sentía con toda radicalidad su incapacidad de amar tanto como su alma gustaría... quería amar como el mismo Jesús la amaba.** Esa tensión se mantiene los primeros años del Carmelo, cuando con gran energía se entrega al intento de llenar el vaso de amor; y sus deseos la desbordan. Termina por preguntarse ¿acaso Dios puede poner en el



«Arrojarse en brazos de su padre»

Quisiera intentar hacerlos comprender por medio de una comparación muy sencilla cuánto ama Jesús las almas, aun imperfectas, que se confían a Él. Supongo que un padre tiene dos hijos traviosos y desobedientes, y que, al ir a castigarlos, ve que uno tiembla y se aleja de él con terror, teniendo con todo en el fondo del corazón el sentimiento de que merece ser castigado; su hermano, al contrario, se arroja en los brazos del padre, diciendo que siente haberlo disgustado, que lo ama y que, para probarlo, de ahora en adelante se portará bien. Después, si este hijo pide a su padre que lo «castigue» con un «beso», no creo que el corazón del padre dicho pueda resistir a la confianza filial de su hijo, cuya sinceridad y amor le son conocidos. No desconoce, sin embargo, que más de una vez su hijo caerá en las mismas faltas, pero está dispuesto a perdonarlo siempre, si siempre su hijo «lo toma» por «el corazón» ...

Santa Teresa del Niño Jesús, carta al abate Bellière (18 de julio de 1897).

corazón deseos imposibles? Teresita se resiste a dejarse vencer «Dios no da deseos imposibles». La esperanza se abre paso en su vida y anima esta resistencia. **Dios la ilumina de una manera muy especial, como a los más sabios doctores, para abrirle delante un camino nuevo en su vida: el camino de la confianza y el abandono en su misericordia.** En el hallazgo de este camino y en su rápido caminar (o correr, o volar) a través de él, Teresita comprenderá cada vez más el misterio de la misericordia de Dios, de su condescendencia. Aún más, comprenderá todo el misterio de Dios desde su misericordia. «A mí me ha dado su misericordia infinita, ¡y a través de ella contemplo y adoro las demás perfecciones divinas...! Entonces todas se me presentan radiantes de amor; incluso la justicia (y quizás más aún que todas las demás) me parece revestida de amor» (Ms A 83 b^o)

En la montaña del Carmelo, Dios le regala luces cada vez más profundas para caminar abandonada en la esperanza. Los años de la enfermedad de su padre la harán crecer en madurez y ofrecimiento. El año 1895 (justo después de la muerte de su padre) es quizás el año más feliz de Teresita,

pues los siguientes estarán marcados por la terrible noche de su alma hasta su muerte. En enero de ese año se representa a Juana de Arco en una obra de teatro en el interior del Carmelo; la decidida ofrenda de Juana dejará su huella en el corazón de Teresa; ese año Celina, su «alma gemela», confidente de todos sus pensamientos, entra en el Carmelo. Por esas fechas la nombran maestra de novicias, y según muchos autores, especialmente Conrad De Mester en su libro *Dinámica de la confianza* la iluminación del «camino de infancia espiritual», se sitúa también en los primeros meses de 1895.

La noticia de este camino de confianza y abandono hace saltar de alegría a Teresita: «¡El ascensor que ha de elevarme hasta el Cielo son tus brazos, Jesús! Y para eso, no necesito crecer; al contrario, tengo que seguir siendo pequeña, tengo que empequeñecerme más y más» (Mc B 3r^o). En pocas palabras significa que sus deseos se harán realidad. Pero no en la medida que crezca sino en la medida que se abaje «El que sea pequeñito que venga a mí» (Ms B 1R^o) Dios no le pide obras grandes sino pequeñas y llenas de su mismo amor. De esta

manera se transformará completamente en hostia ofrecida, según las palabras de san Pablo.

Génesis del Acto de ofrenda al Amor misericordioso

Todo este itinerario del alma de Teresita nos ayuda a situar y comprender su Acto de ofrenda, que sintetiza su caminito y al mismo tiempo, la impulsa a vivirlo hasta las últimas consecuencias. Una oración llena de formidable esperanza, llena de confianza en Dios que no dejará sin cumplirse ninguno de sus deseos. «Dios me ha mostrado la misma misericordia que mostró al rey Salomón. No ha querido que yo tuviese un sólo deseo que no viese realizado» (Ms A 81 r^o). Se cumpliría en ella su deseo de amar, pero se cumpliría esencialmente por la misericordia de Dios.

Las circunstancias que dieron origen al acto no dejan de ser llamativas. Al acercarse junio de 1895, Teresita conoce la historia de una carmelita que al morir se ofrece a la justicia de Dios. La Santa se admira, pero no siente deseos de imitar una ofrenda semejante. Ella quiere entregarse al Amor misericordioso, porque la misericordia, y solo ella, ha hecho posibles sus deseos de amar: «Dios mío, exclamé desde el fondo de mi corazón, ¿sólo tu justicia aceptará almas que se inmolen como víctimas...? ¿No tendrá también necesidad de ellas tu amor misericordioso...?» (Ms A 84r^o) Durante una misa, en el coro, el deseo de ofrecerse a la misericordia se hizo irresistible. Teresita se lo comentó a su confidente Celina, y juntas pidieron permiso a la madre superiora (su otra hermana Paulina) para consagrarse a la Misericordia bajo una fórmula redactada por ella misma. Era el día 9 de junio de 1895, solemnidad de la Santísima

Trinidad. Muchos signos nos demuestran que en el alma de Teresita había pasado algo muy grande; la consagración a la Misericordia era el sello divino a su caminito de infancia espiritual. Así, por ejemplo, el permiso solemne que pide a sus superiores, o repetir la ofrenda cada día hasta el momento de su muerte. Era un acto definitivo: de ese día en adelante pertenecía totalmente a la Misericordia de Dios que llena el corazón de Jesús. Y al final de su vida dirá: «No me arrepiento de haberme entregado al Amor» (UC 30,9)

De todas formas, ella explica mejor que nadie lo que pasó en su alma ese día.

«Madre mía querida [Madre Inés de Jesús, su hermana Paulina], tú que me permitiste ofrecerme a Dios de esa manera, tú conoces los ríos, o mejor, los océanos de gracias que han inundado mi alma ... Sí, desde aquel día feliz, me parece que el Amor me penetra y me cerca, me parece que ese Amor misericordioso me renueva a cada instante, purifica mi alma y no deja en ella ni rastro de pecado. Por eso no puedo temer el Purgatorio...» (Ms A 84r^o)

Formula del Acto de ofrenda

Evidentemente no pretendemos analizar completamente el Acto de ofrenda. Simplemente queremos poner de relieve hasta qué punto constituye un momento «culminante» de su vida espiritual, un hito importantísimo que arroja luz sobre el magisterio completo de la santa. Mostrar cómo el gran deseo de su vida se manifiesta y resuelve en este Acto. Nos parece acertado y notable el juicio de Conrad de Mester, según el cual el camino de infancia espiritual (especialmente expresado en el manuscrito B) y el Acto de ofrenda son dos caras de la misma

moneda; este último es como la infancia espiritual pero hecha oración.

El título del acto y el primer párrafo expresan el empeño de toda la vida de Teresita: amar a Dios. Teresita ha mirado a Dios de frente, le ha buscado y le desea con todo su ser «¡Oh

Teresita se alegra de reconocer que este amor es gratuito. No es que ella no haya hecho nada; ha hecho mucho. Pero todo ha sido un don de Dios. Sus obras son frutos de un amor que le desborda. Sus obras no son lo importante; el gran protagonista de todo ha sido Él.

Dios mío, Trinidad Bienaventurada!, deseo amaros y haceros amar». Teresita quiere ser víctima ofrecida en holocausto de amor: eso significa para ella cumplir la voluntad de Dios y ser santa. Y al comprender su impotencia, le pide a Dios que sea Él mismo su santidad.

Pero ¿quién le asegura que se cumplirán sus deseos? La razón de la esperanza de Teresita no se fundamenta ni en su linaje, ni en sus capacidades, ni en su sabiduría, ni en su virtud, ni en sus buenas obras, ni siquiera en su fe o amor. La razón de la esperanza de Teresita son los méritos de su esposo, y de toda la Iglesia (la Virgen y sus santos). «No me miréis sino a través de la Faz de Jesús y en su Corazón ardiente de Amor». Por eso está segura de ver realizados sus deseos.

Teresita ha ido comprendiendo más y más la riqueza y la dinámica de este amor infinito que la posee. Sabe que en el sufrimiento crece, se hace sólido y fecundo; por eso da gracias a Dios por «el crisol del

sufrimiento», que la ha hecho compartir cruz con el Señor. Es tal la identificación del sufrimiento de Teresita con el sufrimiento de Jesucristo en la cruz, que espera llevar en el Cielo los estigmas de Jesús, tal como san Francisco de Asís los llevó en la tierra. A ella no le corresponde llevarlos en la tierra, porque su camino es de total sencillez.

Sabe, por otra parte, que cualquier falta obstaculiza y mancha este amor; pero sabe también que la mirada de amor es capaz de purificar cualquier falta, consumiendo toda imperfección, «como el fuego que transforma todas las cosas en sí mismo».

Teresita se alegra de reconocer que este amor es gratuito. No es que ella no haya hecho nada; ha hecho mucho. Pero todo ha sido un don de Dios. Sus obras son frutos de un amor que le desborda. Sus obras no

son lo importante; el gran protagonista de todo ha sido Él. Por eso espera «comparecer ante ti con las manos vacías». Sin sus obras, siempre manchadas, sino con las obras del amor de Dios en ella.

Al final de la oración, Teresita formaliza su Acto: «me ofrezco como víctima de holocausto a vuestro amor misericordioso». Reflejo de un cumplimiento maravilloso de aquello que ya buscaba en la playa de Trouville cuando contaba solo 6 años: ser toda de Jesús por el amor. El recorrido ha sido corto en el tiempo, pero largo por la intensidad del corazón de Teresita. Con tenacidad heroica pidió y pidió como la viuda del Evangelio para «vivir de amor»; y en su camino descubrió que para vivir de amor debía vivir de confianza en la misericordia; Dios haría realidad sus sueños de amor. El camino desemboca, por

eso, en su ofrenda a la misericordia. Una ofrenda que busca radicalmente la totalidad: suplica a Dios la tome y la consume «como el fuego» para, por su gracia y don, se cumpla en todo su voluntad, su nombre sea santificado y crezca su Reino entre las almas.

Teresita firma el Acto con todos sus nombres, Teresa Francisca del Niño Jesús y de la Santa Faz, cuando tiene apenas 22 años. Expresa así, nuevamente, su intención de total entrega: está en juego toda su persona y toda su vida. Nada de ella puede quedar sin consumirse en holocausto, en sacrificio a la misericordia de Dios, porque nada de ella, ni cuerpo ni alma, ni operación, ni acto ninguno, se entienda fuera del deseo de amar. «Comprendo tan bien que, fuera del amor, no hay nada que pueda hacernos gratos a Dios, que ese amor es el único bien que ambiciono» (Ms B 1r^o).

Jesús, manso y humilde de corazón

¡Oh, Amado mío, qué dulce y humilde de corazón me parecís bajo el velo de la blanca Hostia! No podíais abajaros más para enseñarme la humildad. Por eso, quiero responder a vuestro amor, ponerme en el último lugar, participar de vuestras humillaciones, a fin de tener parte con vos en el Reino de los Cielos.

Os suplico, mi divino Jesús, que me enviéis una humillación cada vez que intente sobreponerme a las demás.

Pero conocéis, Señor, mi debilidad; cada mañana tomo la resolución de practicar la humildad, y por la noche reconozco haber cometido muchas faltas de orgullo. Al ver esto, me tiento el desaliento, pero sé que el desaliento es también orgullo. Quiero, por tanto, Dios mío, fundar mi esperanza sólo en Vos. Puesto que todo lo podéis, dignaos hacer nacer en mi alma la virtud que deseo. Para obtener esta gracia de vuestra infinita misericordia, yo os repetiré muchas veces: Jesús manso y humilde de corazón, haced mi corazón semejante al vuestro.



Santa Teresa del Niño Jesús, de la «oración para obtener humildad»

El «caminito» de la infancia espiritual de Teresa de Lisieux

Gerardo Manresa

La infancia espiritual es el comienzo y la consumación de la santidad. El comienzo, porque el buen Jesús dice que, si no nos hacemos como niños, no entraremos en el Reino de los Cielos, y la consumación, porque Él mismo nos dice que el que se humillare como un pequeñuelo, éste será el mayor en el Reino de los Cielos.

El «caminito» de la infancia espiritual de Teresa de Lisieux¹

UNA de las enseñanzas más repetidas por Jesús en el Evangelio es la que nos manda que nos hagamos como niños. A la pregunta de los discípulos: «¿Quién es el mayor en el Reino de los Cielos?» responde Jesús tomando un niño junto a sí diciéndoles: «En verdad os digo que, si no os volvéis y hacéis semejantes a los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos. Cualquiera, pues, que se humillare como este niño, éste será el mayor en el Reino de los Cielos. Y el que acogiere un niño, en nombre mío, a mí me acoge.» (Mt 8, 1-5). Más adelante aparece en el mismo Evangelio de Mateo: «Dejad en paz a los niños, y no les estorbéis de venir a mí; porque de los que son como ellos es el Reino de los Cielos.» (Mt 19, 14.). También en san Lucas: «En verdad os digo, que quien no recibiere el Reino de Dios como

un niño, no entrará en él.» (Lc 18, 17). Esta afirmación de Jesús de que el Cielo es de los niños manifiesta de manera explícita lo que Nicodemo entendió y preguntó al Señor: ¿cómo podemos volver al vientre de nuestra madre?

El «caminito»

Durante muchos siglos los creyentes han oído esta enseñanza y algunos la han seguido, pero la mayoría lo había olvidado hasta que una monjita de veinte años, Teresa de Lisieux, nos ha hecho «redescubrir el Evangelio», como expresó el cardenal Pacelli, y nos ha enseñado el camino que hay que seguir para hacernos niños sin necesidad de volver al vientre de nuestra madre. Sería ridículo pensar en volver a adquirir el aspecto y la debilidad de la edad infantil; pero no es contrario a la razón descubrir en el texto evangélico el precepto, igualmente dirigido a los hombres de edad madura, de volver a la práctica de las virtudes de la infancia espiritual.

¹ Extracto del libro *El camino de la infancia espiritual según santa Teresa de Lisieux* de Eudald Serra i Buxó, Pbro.

Teresita nos explica cómo ella descubrió el camino para poder ir a Jesús siendo o manteniéndonos pequeños:

«Mi constante deseo ha sido siempre llegar a santa, mas ¡ay! cuantas veces me he comparado con los santos, he constatado siempre que entre ellos y yo existe la misma diferencia que observamos en la naturaleza entre una montaña cuya cumbre se pierde en las nubes y el obscuro grano de arena, pisado por los viandantes.»²

«En vez de desalentarme, me he dicho: Dios no inspira deseos irrealizables; puedo, pues, a pesar de mi pequeñez, aspirar a la santidad. ¡Engrandecerme, es imposible! He de soportarme tal como soy, con mis innumerables imperfecciones; pero quiero buscar la manera de ir al Cielo, por un caminito muy recto, muy corto, por un caminito enteramente nuevo. Estamos en un siglo de inventos; hoy día, no es menester ya fatigarse en subir los peldaños de una escalera; en las casas ricas hay un ascensor que lo sustituye con ventaja. Quiero también encontrar un ascensor para remontarme hasta Jesús, puesto que soy demasiado pequeña para subir por la ruda escalera de la perfección».

«He pedido, entonces, a los libros santos que me indiquen el ascensor deseado, y he encontrado estas palabras pronunciadas por boca de la misma Sabiduría eterna: Si alguno es pequeñito que venga a mí.³ Me he acercado, pues, a Dios, adivinando que había encontrado lo que buscaba, y, al querer saber lo que hará Dios con el pequeñito, he proseguido buscando, y he aquí lo que he encontrado: Como una madre acaricia a su hijito, así os consolaré yo: a mi



Carl Bloch, *Jesús y los niños* (s. XIX)

pecho seréis llevados, y os acariciaré sobre mis rodillas»⁴.

«¡Ah!, nunca habían venido a alegrar mi alma unas palabras tan tiernas y tan melodiosas. El ascensor, que me ha de subir al cielo, son vuestros brazos, ¡oh, Jesús! Para esto, no tengo ninguna necesidad de crecer, antes, al contrario, conviene que continúe siendo pequeña y, cada día lo sea más. ¡Oh, Dios mío!, habéis ido más lejos de lo que yo esperaba, y quiero cantar vuestras misericordias: Vos me habéis instruido desde mi juventud, y hasta ahora he publicado vuestras maravillas: yo continuaré publicándolas hasta mi extrema vejez»⁵.

¿Cómo se encuentra este «caminito»? ¿Y la santidad?

Esta descripción tan bella se completa con una definición que ella da sobre lo que es la infancia espiritual, en dos textos de las *Novissima verba*.

En el primero de ellos dice que una hermana carmelita le pidió explicaciones sobre el caminito y Teresa le dijo:

«Madre mía, el camino de la infancia espiritual es camino de confianza y santo abandono. Quiero enseñarle los sencillos medios que tantos resultados me dieron; decirles que solo debemos hacer una cosa: ob-

sequiar a Jesús con las flores de los pequeños sacrificios; ganarle con caricias. Así le conquisté yo y por eso seré bien recibida en el Cielo».

En el segundo, preguntada sobre lo que era permanecer niño delante de Dios, respondió Teresita:

«Es reconocer su nada, esperar todo del buen Dios, como un niño pequeño lo espera todo de su padre, es no inquietarse de nada, no buscar fortuna. Hasta entre los pobres se da al niño lo que le es necesario, pero en cuanto se hace mayor, su padre ya no quiere mantenerle más y le dice: «¡rabaja ahora, tú te puedes ya bastar a ti mismo.» Para no oír jamás tales palabras, por eso no he querido ser nunca mayor, sintiéndome incapaz de ganarme la vida, la vida eterna del Cielo. Me he quedado siempre pequeña, no teniendo otra ocupación que la de coger flores, las flores del amor y del sacrificio y ofrecerlas al buen Dios para complacerle.»⁶

«Ser pequeño, es también no atribuirse a sí mismo las virtudes que uno práctica, creyéndose capaz de alguna cosa, antes bien reconocer que el buen Dios pone este tesoro de la virtud en la mano de su pequeño hijo para que se sirva de él cuando lo necesite; pero siempre es el tesoro del buen Dios. En fin, es no desanimarse poco ni mucho por sus faltas, porque los niños caen a menudo, pero son demasiado pe-

² *Historia de un alma*, cap 9,

³ Prov 9, 4

⁴ Is 64,13

⁵ Salmo 70,17

⁶ *Novissima verba*, 6 de agosto

queños para hacerse mucho daño»⁷.

Pero para que todavía quedara más claro cuál era su «caminito», preguntada por la perfección y la santidad, contesta:

«Oh, no, la santidad no consiste en tal o cual práctica; consiste en una disposición del corazón, que nos hace humildes y pequeños, en manos de Dios, conscientes de nuestra debilidad y confiados, hasta la audacia, en su bondad de Padre»⁸.

Y también dice: «Ese camino es el del abandono de la criatura que se duerme en los brazos de su padre. Si alguno es pequeñuelo, que venga a mí»⁹

«Oh, no, la santidad no consiste en tal o cual práctica; consiste en una disposición del corazón, que nos hace humilde y pequeño, en manos de Dios, consciente de nuestra debilidad y confiado, hasta la audacia, en su bondad de Padre»

La infancia espiritual es el comienzo y la consumación de la santidad. El comienzo, porque el buen Jesús dice que, si no nos hacemos como niños, no entraremos en el Reino de los Cielos, y la consumación, porque Él mismo nos dice que el que se humillare como un pequeñuelo, éste será el mayor en el Reino de los Cielos.

Y ¿cómo se logra ir por ese caminito, nos preguntamos? Y Teresa nos ha dicho cómo lo encontró ella y cuál era la forma de vivirlo:

«No tengo otro medio para expresa-

ros mi amor que echar flores; no dejar perder ninguna palabra, ninguna mirada, aprovechar las menores acciones y ejecutarlas todas por amor. Quiero sufrir y hasta gozar por amor; así echaré flores; (...) Además cantaré constantemente, aunque tenga que sacar mis rosas de entre las espinas; cuanto más largas y punzantes sean más melodioso será mi canto».¹⁰

Siempre tendremos faltas y defectos

Hemos de estar persuadidos de que siempre tendremos faltas; de que éstas no estorban nuestra perfección y santidad; de que no impiden el amor y la misericordia de Dios para con nosotros; de que Dios nos pide y exige que vigilemos y luchemos: de que el salir victoriosos o vencidos no son condiciones impuestas ni dependen solamente de nosotros o de sólo nuestra voluntad. El año 1891 las carmelitas de Lisieux hicieron los ejercicios espirituales con el padre Alexis Prou, franciscano. Teresa fue con temor porque siempre lo pasaba mal, pero este año hizo una novena previamente. Ella iba con intención de no ver al predicador, pero le tocó su turno y fue con intención de no decirle nada, pero se encontró tan bien comprendida y adivinada que «leía (en mi corazón) mejor que yo misma» y «Me lanzó a velas desplegadas por los caminos de la confianza y del amor y me dijo que mis faltas no apenaban a Dios. (...) Jamás había oído decir que las faltas pudieran no apenar a Dios».¹¹

Santa Teresita, con una de aquellas graciosas comparaciones, tan típicas en ella, lo enseñaba a una de

sus novicias, que se desalentaba, al ver sus imperfecciones. Le decía así:

«Me hacéis pensar en un pequeñuelo, que comienza a sostenerse en pie, pero que todavía no sabe andar. Quiriendo llegar de todas maneras hasta lo alto de una escalera, para reunirse con su madre, levanta su piececito para subir el primer escalón. Trabajo inútil; siempre cae, sin poder avanzar. Pues bien: procurad ser este pequeñuelo. Por la práctica de las virtudes levantad siempre vuestro piececito para subir por la escalera de la santidad, y no os imaginéis que podréis subir ni siquiera el primer peldaño, no; Dios Nuestro Señor únicamente os pide buena voluntad. De lo alto de esta escalera, os mira con amor; un día, vencido por vuestros esfuerzos inútiles, bajará Él mismo y, tomándoos en sus brazos, os llevará para siempre a su Reino, donde ya no le dejaréis nunca más»¹².

«Tendré derecho, dice, sin ofender a Dios, a hacer pequeñas tonterías hasta mi muerte, si soy humilde y permanezco pequeña. Ved a los pequeñuelos; no cesan de romper, de rasgar, de caer, a pesar de que aman mucho a sus padres siendo muy amados de ellos».¹³

«Ser pequeño es reconocer la propia nada, no desalentarse por las faltas, pues, aunque los niños se caen con frecuencia, son demasiado pequeños para hacerse mucho daño».¹⁴

Todavía es cosa más consoladora pensar que estas pequeñas miserias no sólo no nos impiden ir al Cielo, sino que aun debemos sacar de ellas un provecho positivo para la santidad y la unión con Dios, pues dice santa Teresita:

7 *Consejos y recuerdos*, 6, p. 319

8 *Novísima verba*, 6 de agosto

9 *Historia de un alma*, cap.11, 3

10 *Historia de un alma*, cap 11, 19

11 *Historia de un alma*, cap.8, 10-11

12 *Consejos y recuerdos*, 1

13 *Novísima verba*, 7 de agosto

14 *Consejos y recuerdos*, 6.

«Si, creía hace ya mucho tiempo que el Señor es más tierno que una madre, y conozco a fondo más de un corazón de madre; sé que una madre está siempre dispuesta a perdonar las pequeñas desatenciones involuntarias de su hijo. ¡Cuántos dulces experimentos he hecho de ello!»¹⁵

Santa Teresita, a propósito de las imperfecciones, dice:

«No me admiro de nada; no me aflijo, al ver que soy la misma debilidad; al contrario, es en ella que me glorifico, y espero descubrir cada día en mí nuevas imperfecciones. Confieso que estas luces sobre mí nada me hacen un bien mayor que otras luces sobre la fe»¹⁶.

Humillarnos y confesar nuestra nada y miseria; pedir perdón a Dios, y comenzar de nuevo sin desmayos: he aquí el trabajo de toda nuestra vida.

La duda está en que, muchas veces, nuestras faltas no son tan inadvertidas o involuntarias como las de los santos; nosotros nos sentimos más culpables a causa de un mayor consentimiento. A pesar de esto, santa Teresita todavía nos consuela y nos dice que estas caídas reales y estos descuidos más o menos consentidos no son obstáculo para la vida del amor. Todo está en saberlos utilizar. Parece esto extraño, pero es san Juan de la Cruz quien nos enseña que «el amor sabe sacar provecho de todo, del bien y del mal que encuentra en nosotros».¹⁷

El gran remedio: la sencillez de los pequeñuelos y amar al Amor

Este es el punto más difícil de entender y de practicar: estar contentos de nuestra miseria; estar contentos de la humillación que las faltas reportan, sin querer éstas y aun detestándolas. Nuestra Teresita nos lo enseñará, en su camino de la infancia espiritual.

«También tengo debilidades, pero nunca me maravillo. Tampoco me sobrepongo a las pequeñeces de la tierra. Por ejemplo: a veces estoy tentada de apurarme por alguna tontería que habré dicho o hecho. ¡Ah, he aquí que todavía estoy en el primer punto como antes! me digo a mí misma. Pero lo digo con gran dulzura y sin tristeza. ¡Es tan dulce sentirse débil y pequeño!»¹⁸

Da una regla que han de tener muy en cuenta en esta materia, y que han de recordar cada día las almas pequeñas que quieren andar por el camino de santa Teresita: «**Lo importante para mantener el fervor, es guardar el corazón para Jesús, y esto se hace, a pesar de las caídas y de nuestra fragilidad, por la pureza de intención, renovada cada día**»¹⁹.

Pero uno de los mayores obstáculos y el más ordinario que suele oponer el demonio a las almas que andan por el camino de la virtud y de la santidad, es el desaliento ocasionado por sus recaídas en las faltas. La misma santa Teresita nos lo enseña con su experiencia tan consoladora, cuando nos dice:

«Por mi parte, procuro no desalentarme nunca. Cuando he cometido

una falta que me hace estar triste, sé muy bien que es la consecuencia de mi infidelidad. ¿Pero creéis que me detengo aquí? ¡Oh! ¡No! Corro a decir a Dios: Dios mío, sé que he merecido este sentimiento de tristeza, pero dejadme que os lo ofrezca, como si fuese una prueba que Vos me enviaseis por amor. Me sabe mal lo que he hecho, pero estoy contenta de tener esta pena para ofrecérsola».²⁰

En resumen, lo que nos enseña santa Teresita en su camino es mantenernos siempre pequeños y confiados en el Señor, cosa que tanto nos cuesta, como a su hermana María, a quien le dice, en una de sus cartas:

«Lo que le agrada es ver que me complazco en mi pequeñez y mi pobreza; es la esperanza ciega que tengo en su misericordia. He aquí mi único tesoro, querida madrina». (...) «el solo deseo de ser víctima, basta, pero es necesario consentir en quedar siempre pobres e impotentes (...) La confianza y nada más que la confianza es la que debe conducirnos al Amor».²¹

Esta conclusión le llevó a Teresita a realizar, junto con su hermana Celina, el ACTO DE OFRENDA DE MÍ MISMA COMO VÍCTIMA DE HOLOCAUSTO AL AMOR MISERICORDIOSO DE DIOS y, siguiendo su «caminito», nos tendría que llevar a nosotros a realizarlo con pleno amor y confianza y poder decir como ella: «Desde aquel día, el amor me cerca y me penetra; a cada instante me renueva y me purifica este amor misericordioso, no dejando en mi corazón la menor señal de pecado».²²

15 *Historia de un alma*, cap.8, 12

16 *A l'École de sainte Thérèse de l'Enfant Jésus*, p. 21.

17 *Glosa de lo divino*, San Juan de la Cruz

18 *Novíssima verba*, 5 de julio.

19 *A l'École de sainte Thérèse de l'Enfant Jésus*, p. 29.

20 *Novíssima verba*, 3 de julio.

21 Carta a su hermana María, carta 197

22 *Historia de un alma*, cap 8, 33

«¿Quieres aprender algo que te sea útil? ¡Gusta de ser ignorado y tenido en nada!... »

Santa Teresa del Niño Jesús, Carta 176 a Leonia, 28 de abril de 1895

Santa Teresita y el Apostolado de la Oración

José María Alsina Casanova, hnssc

El alma de santa Teresita estaba penetrada hasta lo más íntimo de los grandes ideales del Apostolado de la Oración: el valor del ofrecimiento de obras, la reparación al Corazón de Jesús y el ideal de consagración para que Cristo reine en todas las almas.

La carta del padre Kolvenbach

EL propósito general de la Compañía de Jesús, el padre Kolvenbach, escribió el 25 de marzo de 2004 comunicando al APOR que la Congregación para el Culto Divino y los Sacramentos había dado su consentimiento a su solicitud para que santa Teresa del Niño Jesús fuera nombrada segunda patrona junto a san Francisco Javier del Apostolado de la Oración.

Teresa era miembro de primer grado, para lo que era necesario el cotidiano ofrecimiento de obras al Divino Corazón de Jesús.

En su escrito, el padre Kolvenbach se refiere a tres aspectos: el vínculo que santa Teresita tuvo con el Apostolado de la Oración; y los dos aspectos específicos del APOR que acompañaron el camino espiritual de la santa: su oración por las intenciones del Papa, y su comprensión de la devoción al Corazón de Jesús en

la que bebió su vocación misionera.

El padre Kolvenbach explica que la razón más inmediata de su petición era el descubrimiento en los archivos del Carmelo de Lisieux del certificado de admisión en el Apostolado de la Oración, de la Srta. Teresa Martin con fecha del 15 de octubre de 1885.

En el billete de admisión aparece como subtítulo del Apostolado de la Oración el nombre de «Liga de los Corazones» resumen del que le había dado el padre Ramière: «Santa Liga de los corazones unidos al Corazón de Jesús para obtener el triunfo de la Iglesia y la salvación de las almas».

El momento en el que se afilia Teresa es el de plena expansión de esta obra que prendía como un reguero de fuego de amor al Corazón de Jesús en millones de almas y que iría preparando el ambiente que propiciaría la consagración del mundo al Corazón de Jesús por el papa León XIII en el año 1899. El gran impulsor, apóstol y teólogo del Apostolado de la Oración el padre Henri Ramière, S.I., había fallecido un año antes, el 3 de enero de 1884.

Teresa era miembro de primer grado, para lo que era necesario el cotidiano ofrecimiento de obras al divino Corazón de Jesús. La fórmula del ofrecimiento diario de obras era muy sencilla, pero total. Se hacía ofreciendo toda la jornada por las intenciones del Sagrado Corazón de Jesús, por medio del Corazón Inmaculado de María: «Divino Corazón de Jesús, por medio del Corazón Inmaculado de María, te ofrezco mi jornada por todas tus intenciones».

El padre Kolvenbach nos va a referir dos elementos importantes que muestran la impronta con la que había marcado su pertenencia al Apostolado de la Oración.

En primer lugar, ya había indicios de que santa Teresa había conocido el Apostolado de la Oración. En sus últimas notas autobiográficas (junio-julio 1897) decía: «Deseo ser hija de la Iglesia como lo fue nuestra Madre santa Teresa, y orar por las intenciones de nuestro Santo Padre el Papa, sabiendo que ellas abrazan todo el universo... así me uno espiritualmente a los misioneros que Jesús me ha dado por hermanos»¹;

Y sigue Kolvenbach: «más el saber que fue miembro del Apostolado de la Oración desde la edad de doce años la convierte en «una santa del Apostolado de la Oración». Como miembro de éste, la joven Teresa oró sin duda por las intenciones que eran encomendadas cada mes a los miembros de la asociación. En efecto, una nota que acompaña su documento de admisión da fe de que las hojitas con las intenciones eran llevadas cada mes por una voluntaria a los Buissonnets, la casa paterna de Teresa.

El segundo aspecto en el que se centra el padre Kolvenbach es como santa Teresita comprendía la devoción al Corazón de Jesús. En su car-

ta, Kolvenbach, cita el escrito de Teresa a Celina del que se desprende su particular comprensión de este misterio. Escribe Teresa: «Rézale mucho al Sagrado Corazón. Tú bien sabes que yo no veo el Sagrado Corazón como todo el mundo. Yo pienso que el Corazón de mi esposo es sólo para mí, como el mío es sólo para él y por eso le hablo en la soledad de ese delicioso corazón a Corazón, a la espera de llegar a comprenderlo cara a cara».

Santa Teresita «celadora» del Apostolado de la Oración

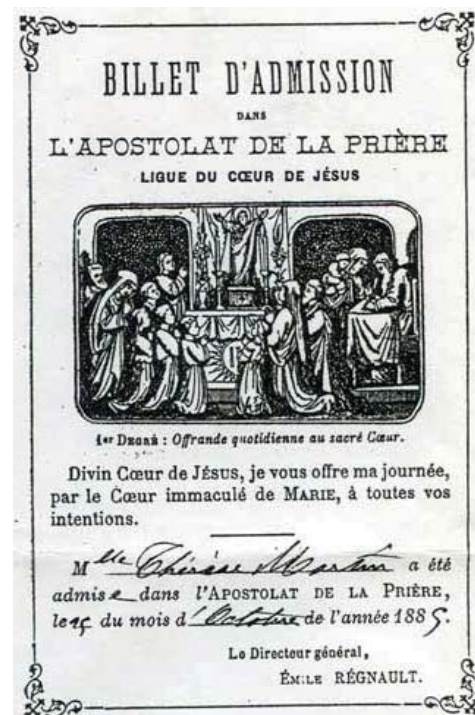
El título de «celador» del Apostolado de la Oración se otorgaba a los miembros activos del mismo. Nos atrevemos a hacerlo con santa Teresita. No nos consta que ella hubiera recibido una formación «específica» de lo que significaba formar parte del Apostolado de la Oración, tampoco hay ninguna referencia en sus escritos y en los estudios que se han hecho sobre las lecturas de santa Teresita de que conociera la obra del padre Ramière sobre el Apostolado de la Oración.

Sin embargo, al asomarnos a sus escritos vemos como el alma de santa Teresita estaba penetrada hasta lo más íntimo de los grandes ideales del Apostolado de la Oración: el valor del ofrecimiento de obras, la reparación al Corazón de Jesús y el ideal de consagración para que Cristo reine en todas las almas.

Cristiandad, años antes de que se reconociera el patronazgo de la santa sobre el Apostolado de la Oración, publicó diversos artículos en los que se proponía este patronazgo y con profundidad se daban los argumentos a favor del mismo.

De entre ellos me ha llamado la atención el publicado por María

Asunción López Suñé en el número de junio-julio de 1973. Traigo a continuación a colación diversos escritos de santa Teresita recogidos en este artículo en los que se reflejan la plena sintonía y penetración del alma de santa Teresita con aquello



Certificado de admisión al Apostolado de la Oración de santa Teresita

que llamamos «alma del Apostolado de la Oración». Lo hago agrupándolos en los elementos característicos de la espiritualidad del Apostolado de la Oración.

El valor de la oración y el sacrificio

Pocos meses después de la Nochebuena del año 1886 de aquella «gracia de la Navidad» que le «hizo salir de los pañales de la niñez» y por la que el Señor le dio la «gracia de olvidarse de sí misma y vivir para hacer felices a los demás» pasa por

1 *Historia de un alma*, Ms C, XI, 33r^o

su primera experiencia de «maternidad espiritual» sobre las almas al ofrecer su oración y sus sacrificios por la conversión de aquel famoso criminal. Así resume la gracia que recibió al ver que sus oraciones y sacrificios eran escuchados, cuando se entera de que Pranzini antes de subir al cadalso había pedido al sacerdote le acercara el crucifijo para besar las llagas del Señor:

«No era ante las llagas de Jesús y viendo correr su sangre divina que la sed de almas había penetrado en mi corazón. Yo quería darles a beber esta sangre inmaculada a fin de purificarlas de sus manchas; y los labios de mi “primer hijo” se acogieron a esas llagas divinas. ¡Qué inefable respuesta!, ¡ah!, después de esta gracia única, mi deseo de salvar almas crece cada día y me parece oír a Jesús que me dice, bajo, como a la Samaritana: “Dame de beber”. Es

En Historia de un alma presenta la oración y el sacrificio como sus «armas invencibles»

un verdadero intercambio de amor; a las almas yo doy esa sangre de Jesús, a Jesús le ofrezco estas mismas almas revividas por el rocío del Calvario; así yo creía apaciguar la sed; pero como más doy a beber más aumenta la sed de mi pobre alma, y yo recibo esta sed ardiente como la más deliciosa recompensa»²

Entre los *Consejos y Recuerdos*, su hermana Sor Genoveva recoge este testimonio de como les enseñaba a las novicias el valor apostólico de la oración.

«Es la voluntad de Dios que en este mundo las almas se comuniquen

2 Cf. *Historia de un alma*, Ms A, V, 46 vº

entre ellas los dones celestiales por medio de la oración, a fin de que al llegar a la patria se puedan amar con un amor de agradecimiento, con un afecto más grande todavía que el de la familia más ideal de la tierra. ¡Oh, qué misterios conoceremos más tarde! ¡Cuántas veces he pensado que tal vez deba todas las gracias que he recibido a la oración de un alma pequeña que no conoceré hasta el Cielo!»³

En *Historia de un alma* presenta la oración y el sacrificio como sus «armas invencibles». Al abordar este tema cuenta lo que le sucedió durante la cuaresma con una novicia. La religiosa tiene un sueño en el que intenta persuadir a su hermana para que se desprendiera de las vanidades de este mundo y pide permiso a su maestra para escribirle. Santa Teresita la remite a la superiora, quien le contesta que las carmelitas no tienen que salvar almas con cartas sino con oración. Santa Teresita y la novicia se emplean en la oración y el fruto no se hace esperar. Escribe nuestra santa: «Oh Misericordia infinita, que se digna escuchar la oración de sus hijos...!, al final de la cuaresma una nueva alma se consagraba a Jesús. Fue un verdadero milagro de la gracia, ¡un milagro alcanzado por el fervor de la humilde novicia!»⁴

Aunque ella como sabemos se volvió en el cuidado de sus hermanos misioneros escribiéndoles numerosas cartas, previene a la Madre Genoveva y el apostolado de la carmelita es el de la oración y el sacrificio.

«Me previno de que, más tarde, un gran número de jóvenes sacerdotes, al saber que ella había sido dada por hermana espiritual a dos misioneros, nos pedirían ese mismo favor.

3 Cf. *Consejos y recuerdos*

4 Cf. *Historia de un alma*, Ms C, XI, 23vº

Y me advirtió que esto podría constituir un gran peligro (diciéndome):

«Cualquiera podría escribir lo que yo escribo, y recibiría los mismos cumplidos y la misma confianza. Nosotras sólo podemos ser útiles a la Iglesia con la oración y el sacrificio. La correspondencia epistolar debe ser muy muy rara, y no se debe permitir en absoluto a ciertas religiosas que vivirían pendientes de ella, creerían hacer maravillas, y en realidad no harían más que perjudicar a su alma y tal vez caer en los lazos sutiles del demonio.

Insistiendo aún más en ello: Madre mía, lo que acabo de decirte es muy importante, te pido por favor que no lo olvides más tarde. En el Carmelo, no se ha de acuñar moneda falsa para comprar almas... Y con frecuencia las bellas palabras que se escriben y las bellas palabras que se reciben son moneda falsa»⁵.

El deseo de consolar al Corazón de Jesús

El apóstol del Corazón de Jesús es aquel que está configurado por sus mismos sentimientos, el que arde con las ansias redentoras del Corazón de Jesús. Desde su descubrimiento de su lugar en la Iglesia: «En el corazón de mi Madre la Iglesia yo seré el Amor» hasta la culminación de este proceso con el *Acto de ofrenda al Amor misericordioso*, santa Teresita se nos muestra como la esposa amante del Corazón de Jesús. En este Acto pedía la Santa a Dios que no la mirara sino «a través de la faz de Jesús y en su Corazón ardiendo de amor». La finalidad de su vida la presentaba ella: «Quiero trabajar por vuestro solo Amor, con el único objeto de agradaros, de consolar a

5 Cf. *Últimas conversaciones*, 8 de Julio 1897



Santa Teresita en su papel de santa Juana de Arco

«En lugar de la voz del Cielo invitándome al combate, oí en el fondo de mi alma una voz más dulce, más poderosa todavía, la del Esposo de las vírgenes que me llamaba a otras hazañas, a conquistas más gloriosas, y, en la soledad del Carmelo. He comprendido que mi misión no era hacer coronar a un rey mortal, sino hacer amar al Rey del Cielo y someterle el reinado de los corazones».

vuestro Sagrado Corazón y de salvar las almas que os amarán eternamente».⁶

Trabajar por el Reino de Cristo

Hasta qué punto santa Teresita estaba plenamente identificada con el ideal que nació del noviciado de los jesuitas en Vals, cuna de lo que iba a ser la gran obra del Apostolado de la Oración, nos lo muestra este texto: «... En mi infancia, soñé combatir en los campos de batalla... Cuando empezaba a conocer la historia de Francia las hazañas de Juana de Arco me entusiasmaban, sentía en mi corazón el deseo y el valor de imitarla; me parecía que el Señor me destinaba también para grandes cosas. No me equivocaba, pero en lugar de la voz del Cielo invitándome al combate, oí en el fondo de mi alma una voz

más dulce, más poderosa todavía, la del Esposo de las vírgenes que me llamaba a otras hazañas, a conquistas más gloriosas, y, en la soledad del Carmelo, he comprendido que mi misión no era hacer coronar un rey mortal, sino hacer amar al Rey del Cielo y someterle el reinado de los corazones».⁷

Actualidad de su mensaje para el Apostolado de la Oración

El padre Kolvenbach, refiriéndose a la aportación que santa Teresita podía hacer al Apostolado de la Oración en este momento escribía:

«Conocer íntimamente al Señor y descubrir los sentimientos de su Corazón constituye precisamente el camino, recorrido por el Apostolado de la Oración durante las últimas

décadas, presentando la devoción al Corazón de Jesús como una espiritualidad enraizada en la Escritura y centrándose, como lo hacía Teresa, en la persona amante de Jesús. La devoción al Corazón de Jesús no tiene, en efecto, otra finalidad que asemejarnos más a Él, confiados en el Padre y al mismo tiempo preocupados de los demás como Él».

Las palabras finales de esta carta las tomo como conclusión en el deseo de que profundicemos en este año del 150 aniversario de su nacimiento en los escritos de santa Teresita para mejor servir a la Iglesia desde nuestra vocación de miembros del Apostolado de la Oración. «La visión de santa Teresa no dejará de hacer atractivo el Apostolado de la Oración a los cristianos del nuevo milenio, y de animarlos a continuar el camino hacia la santidad en la vida cotidiana que han iniciado».

⁶ Cf. Or 6, *Acto de ofrenda al Amor misericordioso*

⁷ Cf. *Carta al abate Bellière*, 25 de abril de 1897.

«Teresa de Lisieux, guía para los cristianos de nuestro tiempo»*

TERESA del Niño Jesús y de la Santa Faz es la más joven de los «doctores de la Iglesia», pero su ardiente itinerario espiritual manifiesta tal madurez, y las intuiciones de fe expresadas en sus escritos son tan vastas y profundas, que le merecen un lugar entre los grandes maestros del espíritu. En la carta apostólica que

noble de todos: comprendí que la Iglesia tenía un corazón y que este corazón ardía de amor. Comprendí que sólo el Amor hacía actuar a los miembros de la Iglesia: que si el Amor se apagara, los apóstoles no anunciarían el Evangelio, los mártires no querrían derramar su sangre (...). Comprendí que el amor encerraba todas las vocaciones (...).

gran frecuencia por la cultura de lo efímero y del hedonismo, esta nueva doctora de la Iglesia se presenta dotada de singular eficacia para iluminar el espíritu y el corazón de quienes tienen sed de verdad y de amor.

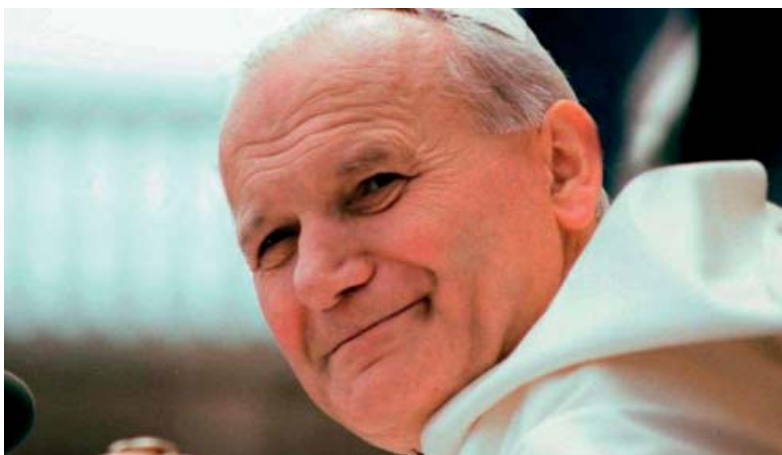
Santa Teresa es proclamada doctora de la Iglesia el día en que celebramos la Jornada mundial de las Misiones. Ella abrigó un deseo ardiente de consagrarse al anuncio del Evangelio y hubiera querido coronar su testimonio con el sacrificio supremo del martirio (cf. Ms B, 3 r). Además, es conocido con cuánto empeño sostuvo el trabajo apostólico de los padres Maurice Bellière y Adolphe Roulland, misioneros respectivamente en África y China. En su impulso de amor por la evangelización, Teresa tenía un solo ideal, como ella misma afirma: «Lo que le pedimos es trabajar por su gloria, amarlo y hacerlo amar» (carta 220). La senda que recorrió para llegar a este ideal de vida no fue la de las grandes empresas, reservadas a unos pocos, sino una senda que está al alcance de todos, el «caminito», un camino de confianza y de abandono total a la gracia del Señor. No se ha de subestimar este camino, como si fuese menos exigente. En realidad es exigente, como lo es siempre el Evangelio. Pero es un camino impregnado del sentido de confiado abandono en la misericordia divina, que hace ligero incluso el compromiso espiritual más riguroso.

Es una página admirable, que basta por sí sola para ilustrar cómo se puede aplicar a santa Teresa el pasaje evangélico que acabamos de escuchar en la liturgia de la Palabra: «Yo te bendigo, Padre, Señor del Cielo y de la tierra, porque has

ocultado estas cosas a los sabios e inteligentes, y se las has revelado a los pequeños» (Mt 11, 25).

(...) A una cultura racionalista y muy a menudo impregnada de materialismo práctico, ella contrapone con sencillez desarmante el «caminito» que, remitiendo a lo esencial, lleva al secreto de toda existencia: el amor divino que envuelve y penetra toda la historia humana. En una época, como la nuestra, marcada con

he escrito para esta ocasión, he señalado algunos aspectos destacados de su doctrina. Pero no puedo menos de recordar, en este momento, lo que se puede considerar el culmen, a la luz del relato del conmovedor descubrimiento que hizo de su vocación particular dentro de la Iglesia. «La caridad, escribe, me dio la clave de mi vocación. Comprendí que si la Iglesia tenía un cuerpo, compuesto por diferentes miembros, no le faltaba el más



* Homilía del Santo padre Juan Pablo II en la proclamación de santa Teresa del Niño Jesús como doctora de la Iglesia, 19 de octubre de 1997.

Los «hermanos» de santa Teresita: Mauricio y Adolfo

José Ignacio Orbe hnssc

Teresa será encargada de velar por los intereses espirituales de un seminarista de la diócesis de Bayeux-Lisieux, y un poco más tarde, de un neosacerdote de las Misiones extranjeras de París que pronto partirá para la China.

«Orar por los sacerdotes»

YA desde antes de entrar al convento, especialmente durante su participación en la peregrinación diocesana a Roma, Teresita se había dado cuenta de que los sacerdotes muestran una gran necesidad de que se ore por ellos, incluso los más entregados no dejan de ser hombres con miserias y debilidades.

«Durante un mes conviví con muchos sacerdotes santos, y pude ver que si su sublime dignidad los eleva por encima de los ángeles, no por eso dejan de ser hombres débiles y frágiles... Si los sacerdotes santos, a los que Jesús llama en el Evangelio “sal de la tierra”, muestran en su conducta que tienen una enorme necesidad de que se rece por ellos, ¿qué habrá que decir de los que son tibios? ¿No ha dicho también Jesús: “Si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán?”»

Cuando Teresa entra finalmente en el Carmelo de Lisieux, manifiesta ante la Madre superiora qué ha venido a hacer al convento:

«A los pies de Jesús-Hostia, en el interrogatorio que precedió a mi

profesión, declaré lo que venía a hacer en el Carmelo: “He venido para salvar almas, y, sobre todo, para orar por los sacerdotes”» (A 69v).

En otro momento comenta que esta es en realidad la vocación de toda carmelita:

«¡Qué hermosa es, Madre querida, la vocación que tiene como objeto conservar la sal destinada a las almas! Y ésta es la vocación del Carmelo, pues el único fin de nuestras oraciones y de nuestros sacrificios es ser apóstoles de apóstoles, rezando por ellos mientras ellos evangelizan a las almas con su palabra, y sobre todo con su ejemplo... »(A 56r).

«Tener un hermano sacerdote». Según confiesa santa Teresita, este era uno de sus grandes deseos, lo tenía «desde hacía mucho tiempo» aunque le parecía «totalmente irrealizable». Su oración por los sacerdotes se mezclaba con el deseo de tener a uno de ellos por hermano.

«Pensaba con frecuencia que, si mis hermanitos no hubiesen volado al Cielo, habría tenido la dicha de verlos subir al altar. Pero como Dios los escogió para convertirlos en an-

gelitos, ya no podía esperar ver mi sueño hecho realidad». (C 31v)

En efecto, los dos hermanos varones de Teresa habían fallecido al poco de nacer. El deseo de sus padres de tener un hijo sacerdote y misionero parecía un imposible... ¿Seguro? ¡Para Dios nada hay imposible! Teresita exclama «no sólo me ha concedido la gracia que deseaba, sino que me ha unido con los lazos del alma a dos de sus apóstoles, que se han convertido en hermanos míos...» (C 31v)

«Imposible, Madre, decirle la dicha que sentí. El ver mi deseo colmado de manera inesperada hizo nacer en mi corazón una alegría que yo llamaría infantil, pues tengo que remontarme a los días de mi niñez para encontrarme con el recuerdo de unas alegrías tan intensas que el alma es demasiado pequeña para contenerlas. Desde hacía años, yo nunca había saboreado esa clase de felicidad. Sentía que, en ese aspecto, mi alma estaba sin estrenar.» (C 31v-32r)

¡Admirable providencia de Dios! Teresa será encargada de velar por los intereses espirituales de un seminarista de la diócesis de Bayeux-Lisieux, y un poco más tarde, de un neosacerdote de las Misiones extranjeras de París que pronto partirá para la Chi-

na. La unión de sus almas por la oración se refleja en la correspondencia epistolar que mantiene con los dos.

Estas cartas que son un «precioso tesoro, complemento de su historia». En ellas abundan ideas y exhortaciones de carácter espiritual. «A veces, cuando Jesús quiere unir dos almas para su gloria, permite que de tanto en tanto puedan comunicarse sus pensamientos y animarse así mutuamente a amar más a Dios». (C 32r) Pero también hay pasajes entrañablemente humanos y divertidos, como por ejemplo cuando Teresa cuenta la aventura del «bogavante endemoniado» (Cta 221)

Mauricio Bellière, una de aquellas «almas pequeñas»

Mauricio sería el primero en hermanarse con Teresita. Siendo seminarista escribió al monasterio para pedir que una carmelita «apadrinase» su vocación y futuro ministerio con sus oraciones. Así lo cuenta Teresita:

«Fue nuestra Madre santa Teresa quien, en 1895, me envió como ramillete de fiesta a mi primer hermanito. Estaba yo en el lavadero, muy ocupada en mi faena, cuando la madre Inés de Jesús me llamó aparte y

me leyó una carta que acababa de recibir. Se trataba de un joven seminarista que, inspirado por santa Teresa -decía él-, pedía una hermana que se dedicase especialmente a la salvación de su alma y que, cuando fuese misionero, le ayudase con sus oraciones y sacrificios a salvar muchas almas. Por su parte, él prometía tener siempre un recuerdo por la que fuese su hermana cuando pudiera ofrecer el santo sacrificio. Y la madre Inés de Jesús me dijo que quería que fuese yo la hermana de ese futuro misionero». (C 31v)

Mauricio había tenido una infancia bastante difícil, huérfano de madre a los ocho días de nacer, será criado por una tía suya sin la presencia de su padre natural, que no hizo acto de presencia hasta once años más tarde, y sólo por breve tiempo. Su tío que le hizo las veces de padre murió muy pronto en el mar del Norte como marinero. Todo ello dejaría huella en el alma de Mauricio, sensible, arrebatada y débil... Habiendo estudiado en el seminario menor continúa un año en el seminario de la diócesis. Pero pronto es llamado a cumplir el servicio militar. Es entonces cuando escribe al Carmelo, y tras agradecer

«Tengo sed»

Un domingo, contemplando una estampa de Nuestro Señor en la cruz quedé profundamente impresionada al ver la sangre que caía de una de sus manos divinas. Experimenté una pena inmensa al pensar en aquella sangre que caía al suelo sin que nadie se cuidara de recogerla; y resolví mantenerme constantemente en espíritu al pie de la cruz para recibir el divino rocío que goteaba, comprendiendo que luego me sería necesario derramarlo sobre las almas. El grito de «tengo sed» resonaba continuamente en mi corazón. Aquellas palabras encendían en mí un ardor muy vivo y desconocido.

Santa Teresa del Niño Jesús, Ms A, 45v.



Adolfo Roulland y Mauricio Bellière, los dos sacerdotes hermanados espiritualmente con santa Teresita

que atendieran a su petición «desaparece» durante 8 largos meses.

«Tengo que confesar que al principio no conté con ningún consuelo que estimulara mi celo. Mi hermanito, tras escribir una carta preciosa, muy emotiva y llena de nobles sentimientos, para darle las gracias a la madre Inés de Jesús, no dio más señales de vida hasta el mes de julio siguiente, excepto una tarjeta que envió en el mes de noviembre para decirnos que se incorporaba al servicio militar» (C 32r).

En la carta de vuelta, Bellière mendigaba socorro con cierta angustia.

«Soy soldado, Madre, y este tiempo no ha beneficiado nada al seminarista. He caído muchas veces y he hecho tonterías inconcebibles en medio de este mundo que me volvía a hacer suyo. Acabo de hacer la mayor de todas, pero es tan grande que será la última... Estoy sumergido en una situación lamentable, es preciso que mi querida hermana, Teresa del Niño Jesús, me saque de ella; es preciso que haga violencia al Cielo

y que éste se deje conmover por sus oraciones y su penitencia» (Bellière a la M. Inés julio de 1896).

Teresa no se deja impresionar por las debilidades de su hermano, le hace ver que Dios prueba a sus ele-

«Querido hermanito, desde que se me ha concedido a mí también comprender el amor del Corazón de Jesús, le confieso que Él ha desterrado todo temor de mi corazón». (Cta 247)

gidos y le dice que ha de ser «no solamente un buen misionero, sino un santo totalmente abrasado de amor a Dios y a las almas.» (Cta 213). Conforme avanza la relación epistolar ambas almas se sienten más unidas en el Corazón de Cristo:

«Creo parece que nuestro divino Salvador se ha dignado unir nuestras almas para trabajar por la salvación de los pecadores, como unió en otro

tiempo la del venerable padre la Colombière y la de la beata Margarita María» (Cta; 224)

En el resto de las cartas Teresa le va enseñando suave y fuertemente el único camino que conduce a la hoguera del Amor, el de la confianza:

«Usted ama a san Agustín y a santa María Magdalena, esas almas a las que se les han perdonado muchos pecados porque amaron mucho. También yo les amo, amo su arrepentimiento, y sobre todo... ¡su amorosa audacia! Cuando veo a Magdalena adelantarse en presencia de los numerosos invitados y regar con sus lágrimas los pies de su Maestro adorado, a quien toca por primera vez, siento que su corazón ha comprendido los abismos de amor y de misericordia del Corazón de Jesús y que, por más pecadora que sea, ese corazón de amor está dispuesto, no sólo a perdonarla, sino incluso a prodigarle los favores de su intimidad divina y a elevarla hasta las cumbres más altas de la contemplación. Querido hermanito, desde que se me ha concedido a

mí también comprender el amor del Corazón de Jesús, le confieso que Él ha desterrado todo temor de mi corazón» (Cta 247).

Mauricio tendría mucha necesidad de esta lección. Ya novicio de los Padres Blancos, ha sentido la vocación misionera y la llamada de África, pero Teresa está a punto de irse al Cielo. Cuando se entera de su enfermedad siente con angustia que su único apoyo le va a dejar. Teresa trata de consolarlo:

«Le prometo seguir siendo su hermanita allá en el Cielo. Nuestra unión, lejos de romperse, se hará más estrecha; allí ya no habrá ni clausura ni rejas, y mi alma podrá volar con usted a las lejanas misiones» (Cta 220). «Cuando mi hermanito querido parta para África, yo le seguiré, y no ya con el pensamiento o con la oración: mi alma estará siempre con él, y su fe le hará descubrir la presencia de una hermanita que Jesús le dio, no para que le sirviera de apoyo durante apenas dos años, sino hasta el último día de su vida» (Cta 253).

Ya ordenado sacerdote el padre Bellière pudo visitar el sepulcro de Teresa en 1901, su hermana empieza a tener fama de santidad. Él por su parte colabora durante un tiempo en misiones africanas, sin embargo, su dirección de un puesto misional encomendado acaba siendo un fracaso. Sus faltas aparecen de nuevo, es amonestado y pronto enferma. Acosado por las fiebres acaba por perder la razón y es ingresado para acabar sus días en el Bon Sauveur de Caen, el mismo lugar donde Luis Martin tuvo que pasar tres años. ¿Quizá en algún momento de lucidez recordó las palabras de su hermana?

«El recuerdo de mis faltas me humilla y me lleva a no apoyarme nunca en mi propia fuerza, que no es más que debilidad; pero sobre todo, ese

recuerdo me habla de misericordia y de amor. Cuando uno arroja sus faltas con una confianza enteramente filial, en la hoguera devoradora del Amor ¿Cómo no van a ser consumidas para siempre?» (Cta 247).

Adolfo Roulland, «el alma de un misionero»

A los pocos meses de hermanarse con Bellière Teresa recibe un segundo regalo. La nueva priora, madre María de Gonzaga pide a Teresa que se encargue de un nuevo misionero que hace una petición semejante.

«Recuerdo que el año pasado, un día de finales del mes de mayo, usted me mandó llamar antes de ir al refectorio. Cuando entré en su celda, Madre querida, me latía muy fuerte el corazón; me preguntaba a mí misma qué sería lo que tenía que decirme, pues era la primera vez que me mandaba llamar de esa manera. Después de decirme que me sentara, me hizo esta propuesta: “¿Quieres encargarte de los intereses espirituales de un misionero que se va a ordenar de sacerdote y que partirá dentro de poco?” Y a continuación, me leyó la carta de ese joven padre para que supiera exactamente lo que pedía» (C 33r).

Teresa en un principio hace ver a la M. Gonzaga que ella ya tiene un hermano por quien orar... Sin embargo, la Madre insiste y da razones hasta que al final Teresa acepta. Al fin y al cabo ¿acaso Dios no puede conceder más de un hermano, si quiere?

«Hermanito: ¿Verdad que me va a permitir no darle en adelante otro nombre, ya que Jesús se ha dignado unirnos con los lazos del apostolado? Me encanta pensar que, desde toda la eternidad, Nuestro Señor ha concebido esta unión, llamada a salvarle almas, y que me ha creado para ser su hermana...» (Cta 193).

En julio de 1896, el recién ordenado padre Roulland celebraría una primera misa en el Carmelo de Lisieux y hablará con Teresa en el locutorio, contándole que había sido destinado a China y dejándole un mapa del país para que pueda seguir sus correrías.

En sus cartas Teresa y Adolfo descubrirán cómo Dios ya había ido preparando su hermandad. El día que Teresa hizo profesión solemne, el 8 de septiembre de 1890, pidió de manera especial por un alma apostólica, ya que ella no podía ser sacerdote, pidió a Jesús que uno de ellos recibiera alguna gracia especial. Ese mismo día le cuenta el padre Roulland él recibió la gracia de la confirmación definitiva en su vocación estando rezando en el santuario de Nôtre Dame de la Délivrance. Su unión de oraciones y de celo la expresa Teresa gráficamente:

«Todo lo que pido a Jesús para mí, lo pido también para usted; y cuando ofrezco mi flaco amor al Amado, me permito la libertad de ofrecerle a la vez también el suyo. Al igual que Josué, usted combate en la llanura; yo soy su pequeño Moisés, y mi corazón está elevado incesantemente hacia el Cielo para alcanzar la victoria» (Cta 201).

Varios pasajes de esta correspondencia evocan el martirio. Resulta una posibilidad bien real para el padre Roulland y un deseo juvenil para Teresa. En la última carta que le dirige dice lo siguiente:

«Yo pediré para usted la palma del martirio y estaré cerca de usted sosteniéndole la mano para que pueda recoger sin esfuerzo esa palma gloriosa, y luego volaremos juntos jubilosos a la patria celestial, rodeados de todas las almas que usted ha conquistado» (Cta 254).

Teresa, sin embargo, estaba a punto de ir al Cielo por el martirio de su enfermedad. Pero no por ello cesará

su misión en China; «Puede estar seguro, hermano, de que su hermanita mantendrá sus promesas, y que su alma, libre ya del peso de su envoltura mortal, volará feliz hacia las lejanas regiones que usted está evangelizando» (Cta 254).

El padre Roulland, por su parte, ejercería un fecundo apostolado en distintas regiones del país asiático hasta que la obediencia le hace volver de director al Seminario de París. Tendrá la dicha de poder testimoniar en el proceso de beatificación de Teresita y asistir tanto a la beatificación como a la canonización de su «hermana» en Roma. Hasta su muerte sería un fiel discípulo de la Santa.

«No acuñar moneda falsa»

Para concluir nos parece interesante notar unas palabras que Teresa dirigió a la Madre Inés durante su convalecencia. Demuestran por un lado la visión profética de la Santa que veía que su misión acababa de empezar, así como su fino discernimiento espiritual. Dice la Madre Inés:

«Me previno de que, más tarde, un gran número de jóvenes sacerdotes, al saber que ella había sido dada por hermana espiritual a dos misioneros nos pedirían ese mismo favor. Y me advirtió que esto podría constituir un gran peligro. “Cualquiera podría escribir lo que yo escribo, y recibiría los mismos cumplidos y la misma confianza. Nosotras sólo podemos ser útiles a la Iglesia con la oración y el sacrificio. La correspondencia epistolar debe ser muy muy rara, y no se debe permitir en absoluto a ciertas religiosas que vivirían pendientes de ella, creerían hacer maravillas y en realidad no harían más que perjudicar su alma y tal vez caer en los lazos sutiles del demonio”. Insistiendo más en ello.

“Madre mía, lo que acabo de decirte es muy importante, te pido por favor que no lo olvides más tarde. En el Carmelo no se ha de acuñar moneda falsa para comprar las almas. Y con frecuencia las bellas palabras que se escriben y se reciben son moneda falsa”» (UC 8.7.16).

Teresa sabía que su encargo había sido algo excepcional. No tenía ningún escrúpulo, pues fue puramente por obediencia que ella había acep-

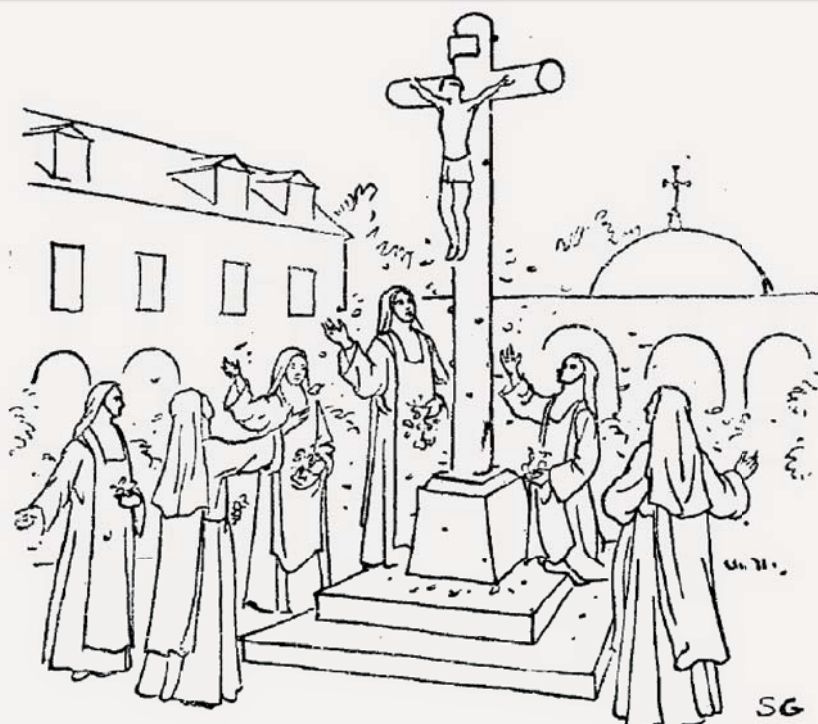
tado hermanarse con aquellas dos almas y mantenido un contacto epistolar con ellos, sin embargo, sabía bien que las bellas palabras no eran el medio ordinario para hacer bien de una carmelita, sino la oración y el sacrificio. En cualquier caso, este tesoro de cartas sigue haciendo todavía hoy inmenso bien a cualquier seminarista, sacerdote, o simplemente cristiano, que quiera asomarse a sus páginas.

Jesús, mi solo Amor, al pie de tu Calvario
¡Cómo me gusta arrojarte las flores cada tarde!
Deshojando para ti la tempranera rosa
Tus lágrimas quisiera yo enjugarte ...

Arrojar flores ofrecerte es en primicias
Los más leves suspiros, los más grandes dolores. Mis
penas y mis gozos, mis pequeños sacrificios
¡He ahí mis flores!..

Señor, mi alma se prendó de tu belleza
Quiero prodigarte mis perfumes y mis flores
Y al arrojarlas por ti a las alas de los vientos.
¡Quisiera inflamar los corazones!...

Santa Teresita del Niño Jesús, poesía *Arrojar flores*



Cómo los soldados llevaron a santa Teresita a los altares*

Jorge Soley Climent

La movilización del clero, acompañando a las tropas francesas en el frente, fue clave para que la devoción a santa Teresita llegase a millones de soldados, primero, y a sus familias después.

LA que hoy conocemos como santa Teresita, Teresa de Lisieux, era prácticamente una desconocida cuando falleció a los 24 años, en 1897. En dos décadas fueron millones quienes la conocieron, la tomaron por su guía y le encomendaron sus problemas más acuciantes. ¿Cómo fue posible que esta escondida monja carmelita llegara a tanta gente, lo que la llevaría a ser declarada santa en 1925 y a ser proclamada doctora de la Iglesia en 1997?

El primer paso fue la publicación de *Historia de un alma*. Poco después de su fallecimiento, se publicaba en 1898 esta obra, escrita por santa Teresita por orden de su superiora, en aquel entonces la Madre Inés de Jesús (su hermana Paulina, a la que llamaba «madrecita»), y por petición de toda la comunidad del convento de Lisieux. Con *Historia de un alma* el mundo descubría un valiosísimo tesoro: el de la infancia espiritual, el de la confianza y el abandono en el amor misericordioso de Dios. Ayudó también a que santa Teresita fuera

conocida de tantos y tan rápidamente el juicio del papa san Pío X, que la calificó como «la santa más grande de los tiempos modernos» (a pesar de su pequeñez, o mejor, precisamente por ella).

Pero aquellos años posteriores a la partida de Teresita a la casa del Padre no fueron precisamente años fáciles. En 1905 se aprobaba en Francia la ley de separación de la Iglesia y el Estado que daría lugar, entre otros efectos, a la confiscación por parte de la República francesa de todas las propiedades de la Iglesia y a la retirada de cruces y crucifijos de las paredes de hospitales, escuelas y tribunales. La ofensiva laicista fue tan grande que Pío X condenó expresamente la ley en la encíclica *Vehementer Nos*.

Casi una década después se desataba la primera guerra mundial, la Gran Guerra que iba a traer a Europa una devastación y muerte como nunca se habían visto, acorde a su carácter moderno, industrial y totalizante. Ante la magnitud de la gue-

* Publicado en *Religión en libertad* 8/11/2022



Soldados de la primera guerra mundial rezan agradecidos ante la tumba de Teresita de Lisieux, que aún no era santa.

rra, los anticlericales que gobernaban Francia se dieron una tregua y apelaron a lo que llamaron la «union sacrée», una especie de tregua que apelaba al patriotismo de los católicos para cesar toda oposición al gobierno y lanzarse a la carnicería de la guerra de trincheras, dejando de lado las exacciones cometidas por la República francesa contra la Iglesia. A cambio, el régimen republicano autorizaba la presencia de capellanes católicos en las unidades militares francesas e incluso el empleo de enseñas con símbolos católicos.

Esta movilización del clero, acompañando a las tropas francesas en el frente, fue clave para que la devoción a santa Teresita llegase a millones de soldados, primero, y a sus familias después. Fueron muchos los sacerdotes que, entusiasmados por el mensaje de Teresa de Lisieux,

la dieron a conocer entre los hombres a su cargo. De palabra, pero también con estampas de la entonces venerable, acompañadas de una oración, que muchos soldados lle-

«¡Entre 1914 y 1920 se imprimieron 22 millones de estas estampas de santa Teresita!».

vaban en su chaleco: ¡entre 1914 y 1920 se imprimieron 22 millones de estas estampas!

Los «*poilus*» (peludos), nombre con el que se conocía a los soldados de infantería franceses que, procedentes del ámbito rural, llevaban los generosos bigotes y barbas de uso generalizado en aquel entonces en el campo, se acogieron masivamente

te a la protección de santa Teresita y empezaron a enviar cartas de agradecimiento al Carmelo de Lisieux, donde de unas pocas decenas al día, pasaron pronto a contarse por centenares, alcanzando las ochocientas cartas diarias. Curiosamente, la devoción se extendió tanto que pasó al otro lado del frente y se empezaron a recibir en Lisieux también cartas de agradecimiento de soldados alemanes, las únicas que pasaban la censura militar. Y de las estampas, a las medallas: una rareza, pues en respuesta a las constantes peticiones de los soldados, Roma permitió que se acuñaran medallas de Teresita antes de su beatificación.

Medallas de santa Teresita

Como decíamos, la devoción pasó de los soldados a sus familias de un modo muy natural: con los primeros



permisos, tras compartir con los familiares la experiencia de estar bajo el cuidado de Teresa, son muchos, *poilus* acompañados por sus familias, quienes llegaron hasta Lisieux para rezar junto a su tumba, agradecerle las gracias recibidas y pedirle protección. Muchos de los que habían salvado la vida ofrecían exvotos, principalmente acciones de gracias inscritas en placas de mármol, que fueron tan numerosas que acabaron utilizándose en los cimientos de la futura basílica dedicada a santa Teresita en Lisieux.

También llevaban medallas de guerra, trozos de paracaídas, proyectiles... aunque están documentados casos excepcionales: un soldado que sufrió un ataque con gas mostaza durante la noche le explicó a su esposa cómo había visto a una

monja ponerle un velo en la cara mientras dormía. Fue el único en la trinchera que escapó con vida del ataque. El matrimonio decidió vender sus ovejas para comprar un diamante, que fue incrustado en la llave del sagrario de la basílica de Lisieux.

La página web de los archivos del carmelo de Lisieux nos ofrece amplia documentación sobre este impresionante fenómeno. Allí podemos encontrar el texto de algunas de las miles de cartas recibidas en el carmelo. Como la del cabo Charles Gérard, de febrero de 1916, en la que se lee: «Sacado de las profundidades del abismo de la incredulidad, estoy llegando lentamente a la fe. Vivía en mi indigencia cuando un día me encontré con la *Historia de un Alma* que me prestó el cura de nuestro campa-

mento y leí en ella que hay un camino, una alegría, que se llama santa alegría y que los sencillos la seguirán y no se extraviarán».

Otra iniciativa de los soldados franceses va a jugar un papel importante en la extensión de la devoción a santa Teresita. Se trata de las «Súplicas», cartas que incluyen peticiones formales de que la santidad de Teresa sea reconocida y relatos personales sobre la propia situación y las gracias recibidas su intercesión. El impulsor de esta iniciativa, **Pierre Mestre**, tras entregar muchas de estas súplicas al papa Benedicto XV, le escribe a la Madre Inés de Jesús que «el Papa se ha conmovido mucho por estas peticiones y desearía que se generalizaran en todo el ejército francés».

En aquellos tiempos se exigía un período de espera de cincuenta años después de la muerte para abrir un proceso de canonización, pero el papa Benedicto XV, realmente impresionado por esta ola de fervor, decidió eximir a Teresa de ese período. El 14 de agosto de 1921 se promulgó el decreto sobre sus virtudes heroicas, que llevaría hasta su beatificación en 1923 y su canonización en 1925, ambas bajo Pío XI, quien no duda en llamarla la «estrella de su pontificado». Una estrella que desde entonces no ha dejado de iluminar a tantísimos que han acudido a ella y que gracias a santa Teresita han descubierto ese caminito que lleva al Cielo a todos aquellos que se hacen niños.

«Amar a Jesús con toda la fuerza de nuestro corazón y salvarle almas para que sea amado...¡Oh hacer amar a Jesús! ¡Celina!, que bien hablo contigo...»

Santa Teresa del Niño Jesús, Carta 96 a Celina, 15 de octubre de 1889

10 razones por las que santa Teresita fue proclamada doctora de la Iglesia

José M^a Alsina hnssc*

HACE 25 años, el 19 de octubre de 1997 en la jornada del Domund el papa Juan Pablo II firmaba la carta apostólica *Divini amoris scientia* y proclamaba ante la multitud congregada en la plaza de san Pedro a Teresa de Lisieux como la 33^a doctora de la Iglesia.

Siguiendo a Juan Pablo II en su carta apostólica, sintetizamos en diez las razones que llevaron a la Iglesia a proclamar a Teresa, la doctora más joven de la Iglesia, como maestra universal en la doctrina del amor.

1.- **La carrera meteórica con la que se extendieron sus escritos:** en el año 1921 *Historia de un alma* (sus escritos autobiográficos) se habían traducido al inglés, alemán, italiano, español, chino, japonés, ceilandés... hoy son cerca de 50 lenguas a las que ha sido traducida su autobiografía, al igual que sus demás escritos.

2.- **Su santidad fue reconocida por la Iglesia muy rápidamente.** Ella murió en 1897. El 10 de junio de 1914 Pío X firmó el decreto de incoación de la causa de beatificación; el 14 de agosto de 1921 Benedicto XV declaró la heroicidad de las virtudes de la sierva de Dios, Pío XI la proclamó beata el 29 de abril de 1923. Un poco más tarde, el 17 de mayo de 1925, el mismo papa, ante una inmensa multitud, la canonizó en la basílica de San Pedro, y dos años después, el 14 de diciembre de 1927, acogiendo la petición de muchos obispos misioneros, la proclamó, junto con san Francisco Javier, patrona de las misiones.

3.- **La autoridad universal de la doctrina de Teresa está en la capacidad de haber ido con una sencillez y profundidad única al corazón del Evangelio.** Ella encarna y predica con su vida y su palabra la centralidad del Evangelio: la llamada de Jesús a hacerse como niños, a reconocernos siendo tan pobres y pequeños como «hijos amados de Dios».

* Publicado en *Religión en libertad* (19/10/22)



4.- **Doctora para nuestros tiempos porque ha puesto en el candelero el mensaje de la misericordia divina** abriendo las puertas de la esperanza a tantos que se encuentran aplastados por la miseria moral y espiritual a la que han conducido las ideologías del mundo moderno.

5.- Su enseñanza manifiesta **con coherencia y une en un conjunto armonioso los dogmas de la fe cristiana como doctrina de verdad y experiencia de vida**. Al final de su vida, escribió con su propia sangre el Símbolo de los Apóstoles, como expresión de su adhesión sin reservas a la profesión de fe.

6.- **La fuente principal de su experiencia espiritual y de su enseñanza es la palabra de Dios, en el Antiguo y en el Nuevo Testamento**. Ella misma lo confiesa, especialmente poniendo de relieve su amor apasionado al Evangelio (cf. Ms A 83 v). En

sus escritos se cuentan más de mil citas bíblicas: más de cuatrocientas del Antiguo Testamento y más de seiscientas del Nuevo.

7.- El contacto con sus escritos lleva a un **amor efectivo y afectivo a la Iglesia como Cuerpo místico de Cristo**. Es en el Corazón de la Iglesia, bebiendo de la fuente sacramental donde ella nos sitúa para, cogidos de su mano, vivir la «vocación al amor».

8.- En ella confluyen circunstancias que hacen más significativo su doctorado. Como mujer hace resplandecer **el genio femenino** en la lectura vital y sapiencial del Evangelio. Como contemplativa pone de relieve para nuestros días el primado de Dios sobre todas las cosas y la **belleza de la vida consagrada a Cristo** como esposo de la Iglesia.

Como joven se presenta como maestra de vida evangélica, **particularmente eficaz a la hora de ilumi-**

nar las sendas de los jóvenes, a los que corresponde ser protagonistas y testigos del Evangelio entre las nuevas generaciones.

10.- Como **«misionera en el claustro»** no deja de atraer a hombres de todas las razas y naciones al Evangelio. Sus cartas a sus dos «hijos espirituales» misioneros, el padre Roulland y el abate Bellière eran un anuncio de su vocación misionera ejercida hoy desde el Cielo, desde donde no deja de proclamar a tiempo y a destiempo su deseo de «amar y hacer amar a Jesús».

Poco antes de morir Teresa profetizó que **«pasaría su Cielo haciendo bien en la tierra»**. Hoy, 125 años después de su muerte, como maestra y doctora universal sigue enseñando por todos los confines del orbe el caminito del abandono, la humildad y el amor, a los pobres y sencillos de corazón.

«Una legión de almas pequeñas»

Todo el fondo de santa austeridad y severidad de santa Margarita María, toda la elevación y profundidad de doctrina, de anhelos, de esperanzas del padre Enrique Ramière, podrá descubrir en los breves y fragmentarios escritos de la Santita de Lisieux quien lea una y otra vez sus palabras, humilde y amorosamente.

Más, reparte ella sus enseñanzas y exhortaciones como envueltas y empapadas en su sonrisa angelical, que es de tal sencillez y agrado, que parece un reflejo viviente y sensible de la ternura del Corazón de Jesús para con los pequeñuelos.

Y así son incontables las almas, antes decaídas y acobardadas, que atraídas y alentadas por el atractivo celestial de la Santa y lo consolador de su doctrina, han cobrado alientos increíbles para subir por el ascensor de la humilde y suave confianza hasta la más elevada cumbre del amor de sacrificio; desde el humilde y sencillo sentimiento de su nada y de su impotencia, por el camino de la infancia espiritual, sembrado de rosas con espinas, hasta la entrega eficaz, perfecta y absoluta de sí al Amor misericordioso de Dios.

Fragmento del manuscrito «Pensamientos y ocurrencias», en el que el padre Orlandis explicó el programa de su acción apostólica



Hemos leído

Aldobrando Vals

Pierre Manent: Europa anticristiana y lo que diferencia el cristianismo del humanitarismo

LE FIGARO

*Publicamos algunas de las reflexiones que Pierre Manent dio a **Le Figaro** con motivo de la publicación de su último libro:*

«La Iglesia, si se me permite decirlo, difunde y comunica en el tiempo un tesoro inagotable que le fue dado en el principio, pero apunta más allá del tiempo, al Día del Señor, cuando el proyecto redentor será consumado. Esta Iglesia está fuertemente instalada en este mundo al tiempo que se refiere constantemente al otro

mundo... La Iglesia no está hecha para gobernar este mundo, y el otro mundo se hace esperar. A partir del siglo XVI los europeos se impacientan, pero fue en el siglo XVII cuando tomaron las grandes decisiones. Dos grandes decisiones para establecer la soberanía humana sobre el mundo: por un lado, el Estado moderno; por otro, la ciencia moderna.

[...] Hoy, el Estado y la ciencia están llegando al estadio final de su ambición. Nada escapa a la vigilancia del Estado del bienestar, nada escapa a la intrusión del ojo científico. ¿Qué significa «condición humana» cuando pretendemos cambiarla radicalmente? Lo que era una promesa peligrosa se ha convertido en realidad desmoralizante para nosotros.

¿Qué puede decir todavía esta propuesta cristiana a un mundo que ha eliminado a Dios del cielo?



Pierre Manent

¿Qué podemos hacer con el cristianismo? Reconocerlo como un hecho, un hecho significativo en la vida presente de los europeos, un hecho religioso, moral, social y, por tanto, también político. Pero no es el caso: reconocido, no sin reservas, como un hecho pasado, su estatuto actual está sujeto a una precaria autorización. La cantidad espiritual, la cantidad de realidad que el cristianismo representa en la historia de Europa ha sido de alguna manera suprimida en el momento en que la nueva Europa, en lugar de situarse en continuidad con su historia, ha querido nacer de nuevo, en la inocencia y la ignorancia de esa historia. De este modo se ha vuelto con espíritu de venganza contra los componentes de la vida europea que supuestamente habrían causado las guerras, la violencia, las injusticias de nuestro pasado, ya se trate de las naciones o de las confesiones cristianas. El proyecto europeo se basa en la decisión de rechazar cualquier continuidad entre la nueva Europa y lo que la precedió, como para asegurarse de que no heredará ninguna mancha. En un país como Francia, el mantenimiento en el espacio público de signos cristianos está condicionado a una autorización precaria y deliberadamente humillante, el pesebre sólo es aceptable en el espacio público a título de vestigio folclórico.

Al mismo tiempo que vacía el espacio público europeo de signos cristianos, Europa acoge incondicionalmente al islam. No sólo se reconoce al islam como un hecho religioso y social que hay que tener en cuenta con justicia y prudencia, sino que se le otorga una legitimidad especial, como prueba del nuevo nacimiento de Europa, prueba de que no se trata de un «club cristiano».

[...] En un ambiente social y moral

en el que la religión cristiana ha quedado confinada a los lugares de culto y los fieles han perdido la costumbre de definir y formular el objeto de su fe en el ámbito público, este objeto se desdibuja. Se deja entonces envolver en esa religiosidad que forma lo que puede llamarse la religión civil de Europa, e incluso de Occidente, a saber, la religión humanitaria, la re-

Al mismo tiempo que vacía el espacio público europeo de signos cristianos, Europa acoge incondicionalmente al islam

ligión de la humanidad. Esta religión se basa en lo que Tocqueville llamó el «sentimiento de lo semejante». La compasión por «el otro hombre» se convierte en el afecto social por excelencia. Es comprensible que este afecto se confunda con el amor al prójimo que ordena el precepto evangélico. Los efectos de estas dos disposiciones son en parte similares. Sin embargo, consideradas en sí mismas, estas dos disposiciones son profundamente diferentes.

Por la compasión, como muy bien ha analizado Rousseau, me identifico con mi prójimo que sufre, me pongo en su lugar, pero por supuesto sé que yo no sufro, e incluso, dice Rousseau, experimento necesariamente, a pesar mío, el placer de no sufrir. La caridad no se dirige en primer lugar al prójimo, sino a Dios, que está presente en el pobre, en el enfermo, en el preso... Esto parece «menos humano» que la compasión, y de hecho lo es, pero escapa al círculo de la semejanza «demasiado humana». La caridad supera, pasa por encima de las diferencias, pero no las elimina.

De lo contrario, la caridad no culminaría en el mandamiento de amar a nuestros enemigos, aquellos con los que es imposible identificarse, por los que es imposible sentir compasión. Sólo quiero señalar que la perspectiva cristiana es completamente diferente de la perspectiva humanitaria. Esta última ve a la humanidad unirse por el contagio irresistible del sentimiento de semejanza. La similitud de los hombres haría que las diferencias entre las formas de vida de esos hombres fueran secundarias y, en última instancia, indiferentes. La caridad cristiana no las considera secundarias o insignificantes. ¿Cómo podría juzgar que las diferencias entre las religiones carecen de significado real, y en última instancia son indiferentes, cuando el único principio verdadero de la unidad final de los hombres reside para ella en Cristo?

Gallardos y gallinas



*Con motivo del intento en Castilla y León de dar la oportunidad de escuchar los latidos del corazón de su hijo a las mujeres que desean abortar y de la polémica generada al respecto, **Jaume Vives** aborda la cuestión del aborto en **La Gaceta**:*

«Estos últimos días parece haberse dignificado algo la política gracias a unos tipos de Castilla y León, pues por fin se está hablando de algo verdaderamente importante, eso es, del latido fetal, del futuro del mundo, y no de la última ocurrencia de los promotores de la Agenda

2030, ya sea la ley de mascotas o los juguetes sexistas.

Pareciera que a algunos les va a dar un infarto por tener que escuchar cómo el corazón de un ser humano todavía no nacido bombea sangre. Se atreven a hablar de violencia política, de medida agresiva o de ataque a la libertad (hace ya demasiado tiempo mal entendida por culpa de los liberales).

Muy acertadamente un amigo me hablaba de las campañas de la DGT, que de dulces no tienen nada. A uno le dejan el corazón helado, sin pulsaciones, y así es cómo advierte del peligro de conducir con cuatro copas de más o mientras se contesta un WhatsApp. En menos de lo que dura una sístole y una diástole esa imprudencia puede acabar con la vida de una familia entera. Ante semejantes irresponsabilidades no hay medias tintas, sólo queda exponer la realidad con toda su dureza.

Pero claro, si de lo que hablamos es de un bebé, y de escuchar cómo su corazón tiene vida propia antes de que lo trituren, entonces ya no es mostrar una realidad dura y cruel, eso es un ataque en toda regla. Y tiene sentido, es normal que quieran ocultar esa carnicería en el rincón más oscuro. **Es una realidad que conviene tener escondida, no vaya a desmoronarse todo lo que el Maligno ha construido con tanto afán.** Comenzando por el lenguaje –primera capa de maquillaje–, pues pretenden convertir un asesinato en una interrupción voluntaria.

El aborto es la pieza clave que permite seguir viviendo la vida sin consecuencias, sin responsabilidades. El seguro último para que el sexo pueda darse sin ataduras, la vía de escape para cuando todo lo demás falla. **Si el aborto se prohíbe,**

se desmonta todo, y entonces uno tendrá que responder ante los actos y las decisiones que tome.

No tendría que haber demasiado debate sobre el tema pero, abandonada la realidad de las cosas, y cuando solo importan la voluntad y el deseo, una cuestión tan natural como querer que una madre escuche el

Ante un bebé indefenso no vale la mediocridad.

latido del corazón de su hijo divide al mundo entre gallardos y gallinas.

Los gallardos van a lo suyo, preocupados por el bebé, no por lo que puedan pensar de ellos ni por las consecuencias que ese preocuparse por el indefenso les pueda acarrear.

Los gallinas, bajo un aura de intelectualidad, pretenden hacerse perdonar no se sabe muy bien qué, y del mismo modo que Pilatos –seguramente era un liberal de derechas y algo conservador– se lavan las manos diciendo que existe un punto medio, donde está la virtud, que no es sino tibieza, y atacan a los gallardos, porque en el fondo les recuerdan su mediocridad y su equidistancia entre el bien y el mal. Se creen los guardianes de la civilización y las buenas maneras. Nada más lejos de la realidad. Son porta-

voces de la barbarie. Saben perfectamente qué es un aborto pero la horchata que corre por sus venas les impide afirmarlo con la misma firmeza con que proclaman a los cuatro vientos que son liberales y mil chorradas más.

Y sí, luego están los convencidos, los que a pesar de todo, incluso del latido fetal, defienden que se acabe con esa vida, y, aunque equivocados, son menos desagradables que los de vuelo gallináceo porque los convencidos quizá no serán vomitados, pero los gallinas, por muy intelectuales y educados que se crean, lo serán.

Esas gallinas mareadas y moderadas son más peligrosas que los



abortistas convencidos. Su fuego es más dañino porque disparan desde más cerca y porque están dispuestas a disparar a quien haga falta –a su madre incluso si preciso fuera–. Son apóstoles de la tibieza. **Y ante un bebé indefenso no vale la mediocridad.** Nunca. Dios nos libre de los gallinas, arrebaté el poder a los convencidos y ayude a los gallardos.»



Hace 75 años

«Manresa, foco perenne de luz.
Dos fechas luminosas»
(P. Ramón Orlandis, S. J.)

Ibón Elósegui

«La auténtica interpretación de la historia necesita la luz de la fe»

Junto a los grandes acontecimientos históricos recogidos como tales en los libros de historia, son innumerables los hechos que han ido aconteciendo a lo largo de los siglos, y que pasan desapercibidos e incluso olvidados a los ojos de los historiadores. La interpretación positivista de la historia, cuando no marxista, impide ver la trascendencia de algunos de estos acontecimientos olvidados a los ojos demasiado abajados a la materialidad de la vida. Así se expresaba Nicolás Berdiaeff, en un fragmento de su obra El sentido de la historia:

«La historia es algo que tiene su significado oculto, que contiene en sí un misterio. Es algo que ha tenido un comienzo y que tendrá su fin. La historia también tiene un centro, que es la aparición de Cristo en la Tierra. La historia se dirige hacia este hecho primordial, y luego parte de este mismo hecho. Es así cómo se determina el profundísimo dinamismo de la historia, que, en su movimiento, se dirige hacia un punto central y luego prosigue, teniendo este mismo punto por origen».

En la misma línea, apunta el editorial del número de Cristiandad de hace 75 años que presentamos (febrero de 1948): «La auténtica historia moderna dista mucho de haber sido escrita. Descartemos por imposible todo intento que prescinda de la realidad y presencia de lo sobrenatural y de lo preternatural: porque ni tendrá profundidad de observación ni certero juicio».

En este caso recogemos un artículo del padre Ramón Orlandis quien, a propósito de un suceso extraordinario acaecido en Manresa en el siglo XVI, reflexiona sobre dos figuras cuyo paso por dicho lugar ha ejercido y sigue actuando a modo de un «foco perenne de luz». Se trata de la beata María del Divino Corazón (1863 –1899) y san Ignacio de Loyola. La primera de ellas, nacida en Alemania, y priora del convento del Buen Pastor de Oporto, quien al paso por Manresa recibió grandes luces para su vocación y fue llamada a ser la mensajera del Corazón de Jesús para solicitar al papa León XIII la consagración del mundo al Corazón de Jesús. El segundo, entró como peregrino en la cueva de Manresa, y salió de ella con un pequeño librito debajo del brazo que transformaría a millares de personas.

La luz de Manresa pronunció la luz de Oporto.

¡1898, 1548! ... No brillan estas fechas con la luz fosforescente y deslumbradora de lo humano; su luz no es sino aquella suave, pero profunda, claridad de lo divino, que sólo es perceptible a los ojos que Dios se digna abrir a lo sobrenatural. ¿Qué importancia podrá dar a estas fechas la moderna historiosofía laica o laicizante, que después de siglos y siglos que el género humano ha vivido arrastrándose sobre nuestro planeta, anda buceando bajo la superficie de los hechos aquello a que se ha dado en llamar «sentido de la historia»? Para todo el que cierre los ojos a la Luz eterna que es vida de los hombres, vida del género humano y, por ende, vida verdadera y profunda de la historia, ésta siempre carecerá de sentido, será un enigma, un absurdo desesperante.

Año 1898

¡Año de la guerra, año del desastre! ¡Año nefasto para España y de tremendas perspectivas para un mundo que iba acostumbrándose cada vez más a reconocer y a acatar la soberanía y la legitimidad de la fuerza! Pocas personas, tal vez ninguna, pensaría en aquel entonces que allá, en la nación vecina, en Portugal, en Oporto, en una casa religiosa, la comunidad oraba fervorosa e instantemente por la paz y por España. Pocas personas sabrían que en la casa de religiosas del Buen Pastor, la superiora era una amiga fiel y desinteresada de España, de la nación católica, como ella la apellidaba.... Ella fue, en efecto, quien, como mensajera del Cielo, pidió y alcanzó de León XIII la consagración del género humano al Sagrado Corazón de Jesús, acto que aquel excelso

pontífice calificaba el más grandioso de mi vida. Aquella consagración fue, en realidad, la proclamación del reinado de Jesucristo, reinado universal de derecho, en cuya realización de hecho León XIII y sus sucesores nos hacen esperar, estribando en las promesas anejas a la devoción del divino Corazón. Aquella joven religiosa era la Madre María del Divino Corazón...

Y, ¿qué relación podrá tener todo esto con la llamada luz de Manresa?... Destinada por la obediencia a Portugal, salió de Münster por enero de 1894 y a principios de cuaresma llegó a Barcelona. «Al salir de Barcelona, nos dice su biógrafo, se detuvo en Manresa... En Manresa recibió gracias especialísimas en relación con las pruebas que pasaba y con las dificultades que le aguardaban; de forma que su paso por allí, consecuencia fortuita del gran rodeo que se le había impuesto, fue, en realidad, el momento capital de su viaje y su preparación definitiva para el cumplimiento de los designios de Dios sobre ella.»

Con piadoso entusiasmo visitó todos los sitios santificados por la presencia del penitente caballero y particularmente la cueva en que escribió los *Ejercicios*... «No me acuerdo, dice ella, de haber sido nunca tan bien comprendida y de haber reconocido tan clara y distintamente la voluntad de Dios.» «Momentos después, pro-

sigue narrando el biógrafo, de nuevo postrada en la misma cueva y bajo aquellas rocas que habían sido testigos de las conversaciones del santo con Jesús y con María, fue ella favorecida con una comunicación íntima del divino Maestro... En tanto que rezaba, oyó una voz que le preguntaba si quería sacrificarse por salvar una casa del Buen Pastor que corría grave peligro; tres veces se le hizo la misma pregunta; ella, al cabo, sin saber de qué casa se trataba, respondió que sí, que aceptaba.»

...María del Sagrado Corazón esperaba al pasar por Ávila, en la patria de santa Teresa, un eco de las impresiones de Manresa... «Lo que en lo más íntimo de mi experimenté no hallo palabras con que explicarlo; era como el día de mi profesión al comulgar, sólo que más tranquilo, más hondo, más íntimo; acordéme de lo que me pasó en Manresa cuando me sentí penetrada de un deseo vivo y apremiante de sufrimiento y sacrificio cuando Nuestro Señor me presentó la cruz con todo su peso y yo la acepté con santo ardor, cuando me fueron propuestos los trabajos de Oporto... A los pocos meses de esta visita a Alba de Tormes comenzó para María del Divino Corazón aquella durísima enfermedad que la tuvo tres años casi ininterrumpidos en cama...



[Este episodio de tan dura enfermedad tenía lugar por el año de 1898, año de la guerra hispanoamericana]. La sierva de Dios seguía las operaciones militares con sumo interés en el diario y en el atlas; todos los días la comunidad reunida en la capilla rezaba por España, invocando principalmente al Sagrado Corazón y a san Ignacio...

«La guerra hispanoamericana me ha hecho sufrir mucho, primero por su duración, hasta que obtuve del señor rector –su director espiritual, el rector del seminario de Oporto– la autorización de transmitir al Papa una comunicación de Nuestro Señor; luego, después de una batalla cerca de Cuba que se creyó decisiva, como se prolongara aún la guerra, sufrí mucho para alcanzar la paz del Sagrado Corazón. No está aún todo concluido, pero se me ha asegurado que a la confianza corresponderá el éxito; consagración al Sagrado Corazón, desagravios, abandono y confianza, sufrir con Él y por Él.»

Observa al llegar a este punto el biógrafo que la carta al Romano Pontífice de la cual habla el abad de Seckau es la primera que María del Divino Corazón escribió a León XIII comunicándole el deseo de Jesucristo de que consagrara todo el género humano a su Corazón. Esta carta se escribió y remitió en junio de 1898; desgraciadamente, se ha perdido y no obtuvo contestación...

Lo esencial y valioso, lo que a todo español, a todo catalán, a todo manresano debería llenar de gozo

y de esperanza y de santo orgullo es que en España, en Cataluña, en Manresa, Dios quisiera disponer y preparar a su fiel sierva, a la condesa Droste Zu Vischering, a María del Divino Corazón, para recibir del



*Beata María del Divino Corazón
(Maria Droste zu Vischering)*

Cielo el mensaje a León XIII y para urgir su transmisión en el año de 1898, de tristes recuerdos. Y si en este año la carta remitida a Roma aparentemente no dio resultado, sin duda preparó la de 1899, que determinó al Vicario de Cristo a realizar aquel acto que apreciaba como el más grandioso de su pontificado. LA LUZ DE MANRESA PRENUNCIÓ LA LUZ DE OPORTO.

La luz de Roma y la luz de Manresa. «Año 1548»

En el año 1548 a la luz de Pedro se examinó la luz de la Cueva de Manresa y se halló ser verdadera luz. Íñigo de Loyola, peregrino de Tierra Santa en 1523, veinticinco años antes había salido de Manresa llevando consigo un librito manuscrito al parecer insignificante. En aquel librito se contenía en cifra la luz que había iluminado a Íñigo durante aquel año de su estancia en Manresa, en aquel período de su vida del cual decía que había sido su primitiva Iglesia. Veinticinco años de prueba, veinticinco años de frutos, podrían parecer suficiente garantía de que en el libro de los *Ejercicios* se contenía la verdad.

Veinticinco años más tarde un prócer español, un exvirrey de Cataluña, el santo duque de Gandía san Francisco de Borja, que por propia experiencia estaba íntimamente persuadido de la verdad de aquel librito, de que la luz de la Cueva de Manresa era verdadera luz, quiso que se contrastara esta luz a la luz de la Catedral de Pedro y aquel al parecer insignificante librito quedó sellado con la aprobación pontificia, que garantiza la verdad que en él se contiene: la verdad, la autenticidad de la luz de la Santa Cueva. El 31 de julio de 1548, el papa Paulo III aprobó el libro de san Ignacio de Loyola, y desde entonces ¿quién contará y ponderará bastante las aprobaciones que sobre aquel librito han llovido? LA LUZ DE ROMA ILUMINÓ LA LUZ DE MANRESA.



Actualidad religiosa

Javier González Fernández

El Papa visita la RD del Congo y Sudán del Sur

Del 31 de enero al 3 de febrero el papa Francisco visitó la «bella, grandiosa y exuberante tierra» de la República Democrática del Congo para encontrarse con la población local, en nombre de Jesús, como peregrino de reconciliación y de paz. Es su 40º viaje apostólico fuera de Italia. «Mucho he deseado estar aquí –afirmaba el Santo Padre al llegar a Kinshasa– y por fin he venido para traerles la cercanía, el afecto y el consuelo de toda la Iglesia, y a aprender de vuestro ejemplo de paciencia, de valentía y de lucha».

Tras el protocolario encuentro con las autoridades en el jardín del Palacio de la Nación de Kinshasa a su llegada al país la tarde del 31 de enero, el Papa se reunió con más de un millón de fieles para celebrar la

Santa Misa a primera hora del día siguiente. Durante la celebración eucarística el papa Francisco explicó que para conservar y cultivar la paz de Jesús había que acudir a tres fuentes, tres manantiales que alimentan la paz: el perdón, la comunidad y la misión.

Por la tarde, el Papa tuvo un encuentro en la Nunciatura Apostólica con las víctimas del este del país y con los representantes de algunas obras caritativas que trabajan en este país africano: el centro Telema Ongenge para discapacitados, el Hôpital de la Rive para enfermos de Hansen (leprosos), el colegio Père Fosbery de la red educativa FASTA, el centro Dream Floribert Bwana Chui para enfermos de sida de la comunidad de Sant'Egidio, la escuela Ville Bondeko y el grupo Petite Flamme para niños sordomudos de movimiento de los Focolares.

La última en intervenir fue una



Celebración de la santa Misa, Areouerto de Kinshasa (RD Congo)

monja trapense del monasterio de Mvanda, que se dirigió al Santo Padre con las siguientes palabras:

«Santo Padre. Soy monja trapense muy feliz en mi vocación. Mi nombre es María Celeste. Soy hija de una sociedad pragmática, materialista y tribalista. Con mis amigas estaba dominada por la cultura de la apariencia, la ganancia y el éxito. Éramos vulnerables; no siempre felices porque no sólo necesitábamos comer y vestirnos. Teníamos hambre de significado y de amor. El Señor me respondió. Estoy segura que fue él quien puso en mi corazón adolescente un deseo insaciable de ofrecer toda mi existencia por una misión tan grande como el mundo. Dios me miró con una mirada de caridad y me hizo crecer.

«El Señor me invitó a una vida de oración e intercesión y comprendí desde el principio que ésta es una gran obra de caridad». Testimonio de una monja cisterciense)

»Salí de mi pueblo a los dieciocho años impulsada por una llamada al monasterio que se hacía urgente y a la que no podía renunciar. El Señor me invitó a una vida de oración e intercesión y comprendí desde el principio que ésta es una gran obra de caridad. La deseaba profundamente en el monasterio. Aprendí que la vida no nos pertenece, es una misión. Es la misión de hacer presente a aquel que se ha hecho presente a nosotros. Ciertamente no nos pertenece. Es una misión, es la misión de hacer presente a Aquel que se ha hecho presente a nosotros. Ciertamente los monjes y las

monjas no somos más santos que los demás, simplemente queremos ensanchar nuestros corazones a un amor universal que tiene la fuerza para lavar los pecados del mundo a través de las lágrimas de la abnegación. Soy muy consciente de que ésta es una obra de desnudez y de humildad y estoy plenamente convencida de que es una obra de caridad muy grande, ya que es un sacrificio por amor. Como el amor es gratuito, la caridad es amor recibido y dado.

»En mí la caridad se ha convertido en pasión por el destino de los demás. Lo esencial en la vida es el encuentro con Cristo y oro para que todos los hombres puedan tener este encuentro y desearlo. En Mvanda, en nuestro monasterio trapense, la vida es sencilla, escondida y laboriosa. Puede ser monótona y banal pero si prevalece la caridad, expresa la novedad de lo redimidos. Sabemos que solo Dios puede sostener al mundo, con sus contradicciones, sus guerras, sus maldades. A pesar de nuestra pequeñez el Señor Crucificado quiere tenernos a su lado para sostener el drama del mundo y nuestra vocación está precisamente en el corazón del drama de esta humanidad herida, especialmente la de mi pueblo, este pueblo que habéis venido a visitar. Las monjas asumimos y ofrecemos, desde dentro, el misterio del dolor que presenta la vida porque toda angustia y toda prueba sufrida cristianamente tiene un valor salvífico. Gracias por vuestro amor y por la valentía que os ha impulsado a afrontar este camino y estos encuentros».

Acabadas las intervenciones, el Papa saludó con afecto a todos, agradeciendo los cantos, los testimonios y las cosas que le contaron. «Pero, sobre todo –afirmó el Papa–,

gracias por todo lo que hacen. En este país, donde hay tanta violencia, que retumba como el estruendo ensordecedor de un árbol que es derribado, ustedes son el bosque que crece todos los días en silencio y hace que la calidad del aire mejore, que se pueda respirar. Es verdad, hace más ruido el árbol que cae, pero Dios ama y cultiva la generosidad que germina en el silencio, dando fruto; y posa su mirada, con alegría, en quien se pone al servicio de los necesitados. Así crece el bien, en la sencillez de manos y corazones abiertos a los demás; en la valentía de los pasos pequeños que se dan para acercarse a los más débiles en el nombre de Jesús». Y alentó la labor de todos ellos, confirmándoles que, ante un océano de necesidades en constante y dramático aumento, vale la pena comprometerse y no caer en el desánimo, porque Dios realiza prodigios inesperados por medio de quien ama con amor de caridad. Una caridad que requiere «ejemplaridad», «amplitud de miras» y «conexión».

Al día siguiente el papa Francisco mantuvo diferentes encuentros con jóvenes y catequistas en el Estadio de los Mártires –a los que sugirió cinco «ingredientes para el futuro»: la oración, la comunidad, la honestidad, el perdón y el servicio–, con los obispos, sacerdotes, religiosos y seminaristas en la Catedral de Nuestra Señora del Congo –a quienes llamó a confiar en la fidelidad de Dios y ser dóciles a su Misericordia, a ser instrumentos de consuelo y esperanza para su pueblo y les alertó frente a los peligros de la mediocridad espiritual, la comodidad mundana y la superficialidad– y en privado con los miembros de la Compañía de Jesús en la Nunciatura Apostólica.



Al día siguiente, 3 de febrero, el Santo Padre se reunió de nuevo con los obispos en la sede de la CENCO y partió para Sudan del Sur, donde fue recibido por las autoridades, la sociedad civil y el cuerpo diplomático en el Palacio presidencial de Yuba esa misma tarde.

El sábado 4 de febrero el Papa estuvo con los obispos, sacerdotes, religiosos y seminaristas sudaneses en la catedral de Santa Teresa y mantuvo también un encuentro privado con los miembros de la Compañía de Jesús de este país en la Nunciatura Apostólica. Por la tarde, el Santo Padre recibió en la Freedom Hall –junto a Iain Greenshields, moderador de la Asamblea General de la Iglesia de Escocia, y Justin Welby, arzobispo de Canterbury y primado de la Iglesia de Inglaterra– a un numeroso grupo de desplazados internos a causa de la violencia que predomina en el país. Tras escuchar el testimonio de tres niños que residen en un campo de refugiados, el Papa renovó su apremiante llamamiento para que cese todo conflicto y se retome seriamente el proceso de paz, para que finalicen las agresiones y la gente pueda volver a vivir de manera digna. Además agradeció a todos los refugiados su fortaleza de ánimo y todos sus gestos de bien, que son tan agradables a Dios

y hacen valioso cada día que viven, así como a todos los que los ayudan. Acabado el encuentro se trasladaron al Mausoleo John Garang para realizar una oración ecuménica, donde el Papa invitó a todos a «rezar, obrar y caminar». «Como cristianos –resaltó el Papa–, rezar es lo primero y más importante que estamos llamados a realizar para poder obrar bien y tener la fuerza para caminar. (...) Ante todo, rezar. El gran esfuerzo de las comunidades

«Con Jesús el mal nunca prevalece, nunca tiene la última palabra. “Porque Cristo es nuestra paz” y su paz triunfa siempre». (Papa Francisco)

cristianas en la promoción humana, en la solidaridad y en la paz serían vano sin la oración. (...) En segundo lugar, justamente en favor de la causa por la paz, estamos llamados a trabajar. Jesús quiere que “trabajemos por la paz”; por eso quiere que su Iglesia no sea sólo signo e instrumento de la íntima unión con Dios, sino también de la unidad de todo el género humano. (...) Y después de rezar y obrar, caminar. Aquí, a lo largo de décadas, las comunidades

cristianas se han comprometido fuertemente en promover itinerarios de reconciliación. Quisiera agradecerles este luminoso testimonio de fe, que nació de reconocer –no sólo de palabra, sino de obra– que antes de las divisiones históricas hay una realidad inmutable: somos cristianos, somos de Cristo». El Papa terminó sus palabras sugiriendo dos palabras clave para continuar el camino hacia la paz: memoria de lo realizado por sus predecesores y compromiso concreto de socorrer al marginado, al herido y descartado.

El último día de su viaje y antes de volver a Roma el Papa ofició la Santa Misa en el Mausoleo John Garang donde de nuevo habló de la paz, de esa paz anunciada por los ángeles en la noche de Belén, esa paz que Jesús prometió dejar a los suyos, esa paz que, tras la noche pascual, por primera vez es entregada solemnemente a los discípulos y que se nos entrega a nosotros en cada Misa. «Hermanos, hermanas –clamó el Papa ante más de cien mil personas–, con Jesús el mal nunca prevalece, nunca tiene la última palabra. “Porque Cristo es nuestra paz” y su paz triunfa siempre. Por eso, los que pertenecemos a Jesús no podemos dejar que prevalezca en nosotros la tristeza, no podemos permitir que crezca la resignación y el fatalismo. Si a nuestro alrededor se respira este clima, que no sea así para nosotros. En un mundo abatido por la violencia y la guerra, los cristianos hacen como Jesús. Él, casi insistiendo, repitió a los discípulos: ¡La paz, la paz esté con ustedes!; y nosotros estamos llamados a hacer nuestro y proclamar al mundo este anuncio profético e inesperado del Señor, anuncio de la paz».



Actualidad política

Jorge Soley Climent/Piero Viganego Busquets

El Senado francés aprueba la inscripción en la Constitución de la «libertad» de recurrir al aborto

EL pasado miércoles 1 de febrero el Senado francés aprobó un proyecto de ley presentado por los legisladores de la Asamblea Nacional para completar el artículo 34 de la Constitución francesa con esta fórmula: «La ley determinará las condiciones en que se ejercerá la libertad de la mujer para interrumpir su embarazo». **Tras un acalorado debate, la votación se saldó con 166 votos a favor y 152 en contra, aunque todavía queda un largo camino por recorrer antes de la aprobación definitiva por el Parlamento, a la que deberá seguir también un referéndum.**

A pesar de que el texto remitido por la Asamblea Nacional, que hablaba de «derecho al aborto» (frente al término «libertad de la mujer», finalmente aprobado), fue modificado por el propio Senado con el objetivo de ofrecer una redacción más «descafeinada» de la reforma, las consecuencias de esta nefasta iniciativa legislativa parece que lograrán su objetivo: inscribir el aborto en la Constitución.

En los últimos años hemos podido observar cómo todas las inicia-

tivas de reformas legislativas sobre el aborto en los países occidentales han ido progresivamente facilitando y liberalizando ese «derecho». El aborto, en el plano legal, pasó de ser considerado un delito a permitirse en situaciones excepcionales en las que el feto pudiera suponer un riesgo para la madre, o cuando el embarazo fuera producido por una violación. Posteriormente fueron relajándose los criterios: la discapacidad del feto, los «plazos» o el criterio de las semanas de gestación, etc. Así, parece que cada vez estamos más cerca del objetivo final, ya conseguido *de facto*, pero que quiere imponerse *de iure*: el aborto libre.

Una de las primeras consecuencias de incluir el derecho/libertad al aborto en la Constitución es que, al ser ésta la norma suprema del ordenamiento jurídico francés, aquellos derechos recogidos en ella se imponen a cualquier legislación de rango inferior que los contradiga. En el caso del derecho al aborto, su inclusión en la Constitución anularía incluso aquellas limitaciones previstas en la ley hasta ahora.

Por otra parte, no parece estar nada clara la articulación de este nuevo derecho constitucional con otros derechos constitucionales con los que chocará frontalmente: el de-



recho a la objeción de conciencia de los médicos, la libertad personal o la protección de la salud pública. El ansia por el impacto mediático hace obviar, una vez más, cuestiones básicas de técnica jurídica que sin duda resultarán en multitud de conflictos en un futuro próximo.

En los últimos años hemos podido observar cómo todas las iniciativas de reformas legislativas sobre el aborto en los países occidentales han ido progresivamente facilitando y liberalizando ese «derecho»

Es interesante observar la modificación hecha por el Senado, de mayoría teóricamente conservadora, al texto remitido por la Asamblea Nacional a propuesta del partido de extrema izquierda Francia Abierta (con el apoyo de la mayoría presidencial). Originalmente, el texto aprobado en

la Asamblea Nacional modificaba el artículo 66-2 de la Constitución, enunciando el «derecho a la interrupción voluntaria del embarazo». Resulta especialmente sorprendente (y contradictorio), que el reconocimiento del derecho al aborto se anunciara precisamente en este artículo 66-2, cuando el artículo inmediatamente anterior, el 66-1, es justamente el que condena la pena de muerte en todas sus formas. La jurista Anne-Maria Le Pourhiet ironizaba al respecto afirmando: «solo falta que incluyan el artículo 66-3 sobre el derecho a la eutanasia y tendremos un efecto perfecto de galimatías posmoderno».

En cualquier caso, los «prudentes» senadores conservadores, ante el temor a que la modificación fuera demasiado agresiva, optaron por modificar la palabra «derecho al aborto» por «libertad de la mujer». Por desgracia, otro eufemismo para intentar camuflar la realidad de las cosas. En conclusión, el drama del aborto y la cultura de la muerte siguen avanzando en Europa.

La RD del Cogo y Sudán del Sur: los países castigados por el tribalismo y la corrupción que ha visitado el Papa

El papa Francisco ha viajado a dos países africanos: la RD del Congo y Sudán del Sur. Una buena oportunidad para detener la mirada en estos países, cuna de numerosos católicos. Se trata, efectivamente, de dos de los países africanos más devastados por la corrupción, el mal gobierno y el tribalismo, plagas históricas del continente. Inmensamente rico en materias primas, la RD del Congo es uno de los países más pobres del mundo: el 71% de la población se encuentra en la extrema pobreza, con menos de 2,15 dólares al día para vivir. Peor aún es la situación de Sudán del Sur que, a pesar de haber adquirido tres cuartas partes de los yacimientos de petróleo de Sudán, del que se separó al independizarse en 2011, ostenta el récord mundial de pobreza extrema con el 81% de sus habitantes en esta condición.

En la RD del Congo, el Papa no pudo salir de la capital, Kinshasa: la inseguridad que reina en el este del país imposibilita la visita a las tres provincias orientales del país, en las que actúan desde hace casi 30 años decenas de grupos armados con diferentes composiciones étnicas y religiosas. En especial el grupo armado M23, compuesto por milicias tutsis y apoyado por Ruanda.

En Sudán del Sur, el Papa fue recibido en Juba, la capital, por el presidente Salva Kiir y por el vicepresidente Riek Machar, unidos en su deber institucional pero enemigos divididos por una aversión implacable. De etnia dinka el primero y nuer el segundo, Kiir y Machar son los artífices del colapso del país al desencadenar un conflicto armado en 2013, solo dos años después de su independencia.

Merece la pena recordar las circunstancias que condujeron a la guerra hace diez años. El caso de Sudán del Sur, el país más joven del mundo, es una confirmación más de que casi siempre es un error buscar en otros sitios las causas de la pobreza, de los conflictos, de la inestabilidad y de la violencia que afligen África. Durante décadas, las poblaciones del sur de Sudán, mayoritariamente cristianas, han sido discrimi-

minadas, perseguidas y esclavizadas por las etnias árabes islámicas del norte, detentadoras del poder político. El descubrimiento de inmensos yacimientos de petróleo, concentrados en sus tres cuartas partes en las regiones meridionales del país, no hizo sino empeorar la situación. Estalló un duro conflicto e hizo falta años y una constante mediación in-

Durante décadas, las poblaciones del sur de Sudán, mayoritariamente cristianas, han sido discriminadas, perseguidas y esclavizadas por las etnias árabes islámicas del norte, detentadoras del poder político.

ternacional para convencer al norte y al sur de que buscaran una solución, que se encontró en 2005 con un alto el fuego y un acuerdo de paz que preveía el estatus del sur como región autónoma hasta la celebración de un referéndum en 2011, dejando a la población la elección entre la autonomía y la secesión.

El 98,83% de los votantes optaron por la secesión y el 9 de julio de 2011 nació Sudán del Sur bajo los mejores

auspicios. El país estaba en ruinas, pero podía contar con un apoyo internacional ilimitado en forma de donaciones y préstamos, y se encontraba en posesión de las tres cuartas partes de los yacimientos petrolíferos sudaneses, algunos de ellos ya explotados y, por tanto, capaces de producir miles de millones en ingresos. Habría bastado con evitar las dos plagas que afligen a África: la corrupción y el tribalismo. Pero no consiguieron hacerlo, estallando bien pronto la guerra entre los dinka y los nuer, un conflicto que se extendió rápidamente y que dio lugar a truculentos episodios de violencia y limpieza étnica, dejando un escalofriante saldo de más de 400.000 muertos y al menos cuatro millones de desplazados y refugiados.

Los acuerdos de paz de 2018 mejoraron la situación, pero su aplicación es lenta, aún está lejos de completarse y muchos grupos armados de base étnica no se han disuelto. El pasado 15 de diciembre el presidente Kiir anunció que se había frustrado un intento de golpe militar, advirtiendo de que, en caso de nuevos intentos golpistas, nadie saldría indemne. La paz duradera sigue siendo un anhelo inalcanzable para estas golpeadas poblaciones.



El papa Francisco y el presidente de Sudán del Sur, Salva Kiir



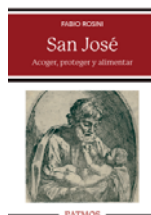
¡La mejor librería religiosa en Barcelona!

✉ info@balmeslibreria.com

📍 balmeslibreria.com

☎ 682 856 468

☎ 93 317 80 94



San José. *Acoger, proteger, alimentar*
Rosini, Fabio

Editorial: Rialp
150 páginas
Precio: 16,50 €

Los ángeles hablan, a veces en sueños. Así le sucedió a un joven llamado José, descendiente de David. Obedecer las palabras del ángel le convertiría en custodio de una historia maravillosa: la de acoger, proteger y alimentar al mismo Dios y a su madre, María. Este libro trata de amplificar la voz de ese ángel, para que también nosotros la escuchemos.

En la escuela de José, un hombre tan sólido como humilde, tan fuerte como dócil, podemos aprender el arte de custodiar la vida, ajena y propia, no solo la vida natural sino también la del Espíritu. José es el padre que le falta a esta generación y que debemos redescubrir e imitar.



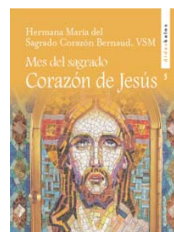
En busca del tiempo en que vivimos. *Fragmentos del hombre moderno*

Luri, Gregorio

Editorial: Deusto
304 páginas
Precio: 17,50 €

Que el hombre esté desorientado no es noticia; que tenga miedo al futuro, tampoco. Pero que tenga miedo de sí mismo porque se ve como el bárbaro que acecha en los limes de su alma, sí es novedoso. Y es una noticia altamente preocupante, sobre todo porque ese miedo ha llegado a las escuelas...

El filósofo y maestro Gregorio Luri se sirve de nuestras angustiosas preguntas por los límites del mundo humano como pruebas reactivas para diagnosticar el signo del tiempo en que vivimos. La inquietante presencia de esta esperanza herida nos permite pensar que el hombre actual ha podido cansarse de sí mismo.



Mes del Sagrado Corazón

Hermana María del Sagrado Corazón de Jesús

Editorial: Didaskalios
227 páginas
Precio: 12,00 €

Esta obra no es fruto de unos estudios teológicos, ni de unas revelaciones personales... es fruto de la experiencia tan intensa que la hermana María del Sagrado Corazón tuvo con el Señor y que fue creciendo de día en día. Podemos decir que es el reflejo de la experiencia de llegar a conocer al Señor «por dentro». El cristiano, y aún más concretamente la persona que es Guardia de Honor, tiene el deseo de buscar a Dios, de encontrarlo y de amarlo. Para ello la hermana nos recomienda profundizar en la escuela del Corazón de Jesús. A esto nos ayudan estas reflexiones para cada día.

MES DE EJERCICIOS ESPIRITUALES IGNACIANOS
DESDE EL CORAZÓN DE CRISTO

10 julio - 10 agosto del 2023
Casa de Ejercicios en El Burgo de Osma (Soria)

Dirigido por:
D. José María Alsina Casanova
D. Manuel Vargas Cano de Santayana

Pre-inscripción:
ejerciciosespirituales@icorazondecristo.org
(las plazas serán confirmadas por el director)



¿POR QUÉ DA MIEDO ESCUCHAR LOS LATIDOS DE UN CORAZÓN?

Tener miedo a escuchar los latidos del corazón del feto puede esconder la actitud de negar la realidad. Porque, escuches o no escuches las pulsaciones, este corazón igualmente palpita. La realidad tiene su presencia, aunque el sujeto no quiera mirarla, escucharla, tocarla, oírla. Esta actitud que da preponderancia al sujeto sin tener en cuenta la realidad conduce, a la corta o a la larga, a un callejón sin salida. Porque no hay nada más terco que la realidad, la cual permanece siempre. Vivimos en una sociedad que con demasiada frecuencia tiene este comportamiento.

Es una tragedia para una sociedad que haya más abortos provocados que nacimientos. La interrupción voluntaria del embarazo nunca puede justificarse como un derecho fundamental personal. El derecho a la vida sí es un derecho fundamental de toda persona, hasta de la que todavía no ha nacido pero ya existe en el seno de su madre.

+ Romà Casanova, obispo de Vic, de la carta dominical, domingo 29 de enero de 2023